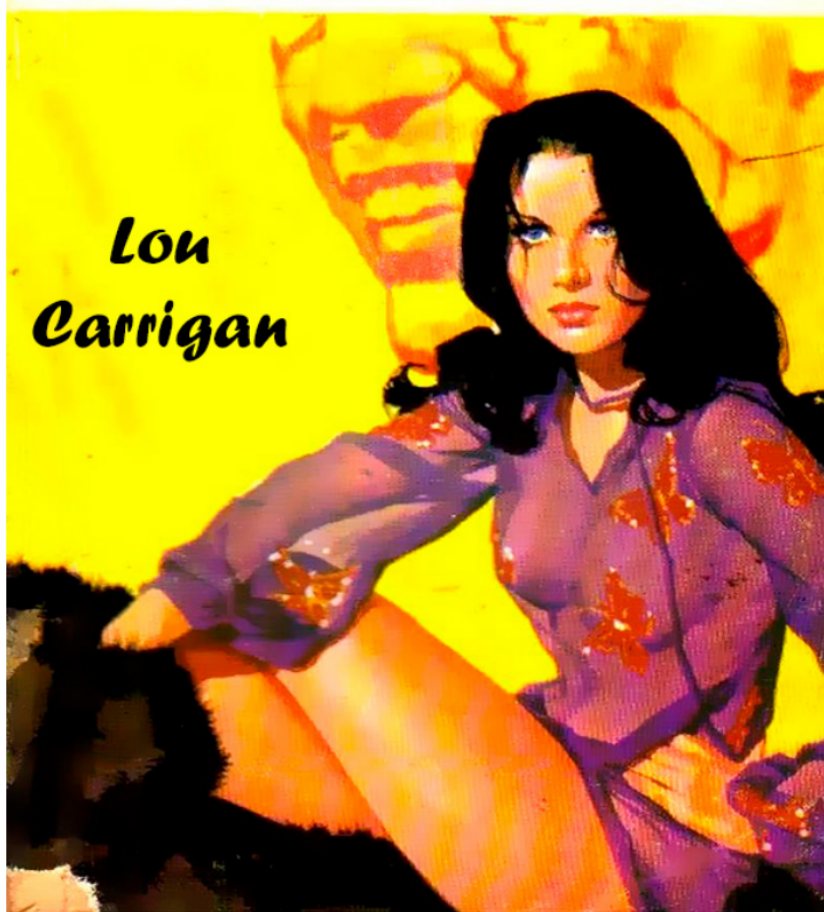




Brigitte

EN ACCION

***Lou
Carrigan***



Una broma divertida ***SE***

«Querida mía: No voy a citar nombres, porque podría ser peligroso para ambos. De todos modos, este mensaje podría ser peligroso para otras personas, de modo que ten mucho cuidado con él. Estoy actualmente en Suiza, realizando uno de mis trabajos cuya naturaleza ya conoces. Durante mi estancia en Berna, tuve la ocasión de enterarme de algo que puede ser de tu interés: un técnico electrónico, que trabaja en cierta fábrica suiza, ha estado trabajando últimamente en cierto aparato cuya importancia está fuera de toda discusión. Él mismo te dirá en qué consiste. Está dispuesto a venderlo a una empresa particular que pueda pagarlo bien, y, aunque el negocio es interesante para mí, estoy metido en algo que no me permite distraerme ni siquiera un segundo. Pensé inmediatamente en ti, me puse en contacto con el inventor en cuestión y le dije que podía proporcionarle un comprador cuya generosidad nadie podría superar».



Lou Carrigan

Una broma divertida

Brigitte en acción - 087

ePub r1.1

Titivillus 23-05-2019

Lou Carrigan, 1969

Diseño de cubierta: Benicio

Diseño portadilla V Aniversario: Thalassa

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

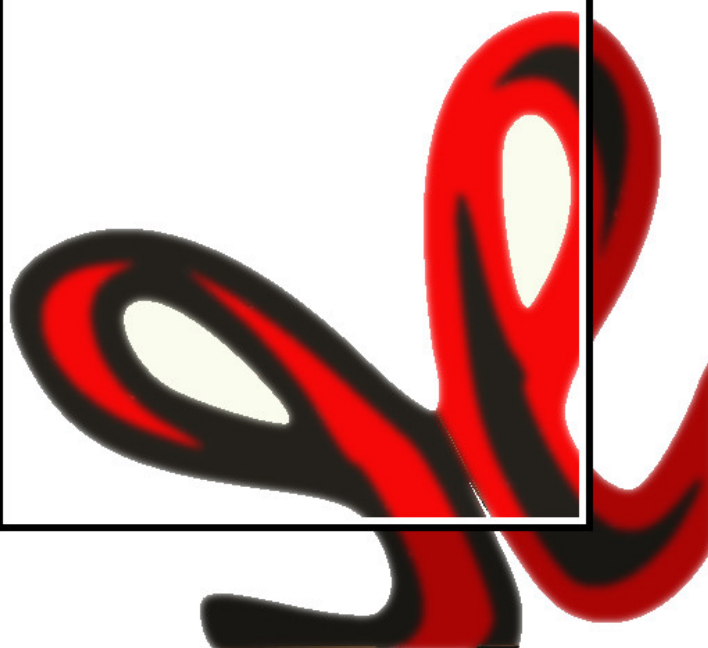
Aa



edición conmemorativa

5

Aniversario



Brigitte

EN ACCION



Capítulo primero

El precioso automóvil «Ford-Mustang» deportivo, de color rojo guinda, entró en el viejo almacén empujando suavemente con el morro las dos grandes puertas de madera, que cedieron con facilidad a su paso. Se detuvo el descapotable deportivo.

Y de él descendió la más linda mujer del mundo. Era algo que no podía discutirse: cuerpo de diosa, boca sonrosada, grandísimos ojos de un azul purísimo. Una belleza muy de acuerdo con aquella elegancia tan natural, casi felina. Y tan dulce al mismo tiempo...

La muchacha cerró las puertas del garaje. Volvió al descapotable color rojo guinda, metió la mano por una ventanilla y sacó un maletín rojo con florecillas azules. Luego, siempre utilizando tan sólo la luz del alumbrado público que entraba por las altas ventanas del almacén, recorrió el largo espacio, hasta el fondo. Allá, sacó una pequeña linterna del maletín, para iluminar el tramo de peldaños de madera que descendían a un sótano. El tal sótano constaba de un larguísimo pasillo, que la lindísima muchacha recorrió rápidamente, hasta llegar a una pequeña puerta que había al fondo. La abrió y echó un vistazo afuera... Vio el pequeño y viejo coche negro, cerrado, que parecía poco menos que una reliquia de tiempos ya olvidados.

Sonrió, cerró la puerta, desanduvo unos pasos, abrió una de las puertas que daban a aquel pasillo, entró, dio la luz y guardó la linterna.

Estaba ahora en un pequeño cuarto de paredes sucias y húmedas, en el que sólo había un catre, dos sillas, un pequeño armario y un lavabo, con espejo. La iluminación consistía en una sucia bombilla con una no menos sucia pantalla que impedía la iluminación del techo, recogiendo la luz hacia abajo.

La preciosa señorita acercó una silla al lavabo, dejó encima el maletín, lo abrió, vaciló y, por fin, acercó la otra silla, colocándola

junto a la primera. Del maletín sacó una peluca rubia, unos lentes de cristales azulados y una caja metálica poco más pequeña que un paquete de cigarrillos. Luego, sacó un diminuto magnetófono a pilas, sonrió, lo puso en marcha y lo dejó sobre una de las sillas. A los pocos segundos, cuando la voz comenzó a dejarse oír, la lindísima dama estaba ya recogiendo sus largos cabellos negrísimos, doblándolos, aplastándolos sobre su cabeza con fuerza, al mismo tiempo que se ponía el finísimo casquete de nylon, con el que en pocos segundos conseguiría que su cabeza pareciese completamente afeitada...

La voz era de hombre. Una voz profunda, bien timbrada, recia y agradable, casi arrulladora. La voz de un hombre viril que se dirige a alguien a quien estima profundamente:

«—Querida mía: No voy a citar nombres, porque podría ser peligroso para ambos. De todos modos, este mensaje podría ser peligroso para otras personas, de modo que ten mucho cuidado con él. Estoy actualmente en Suiza, realizando uno de mis trabajos cuya naturaleza ya conoces. Durante mi estancia en Berna, tuve la ocasión de enterarme de algo que puede ser de tu interés: un técnico electrónico, que trabaja en cierta fábrica suiza, ha estado trabajando últimamente en cierto aparato cuya importancia está fuera de toda discusión. Él mismo te dirá en qué consiste. Está dispuesto a venderlo a una empresa particular que pueda pagarlo bien, y, aunque el negocio es interesante para mí, estoy metido en algo que no me permite distraerme ni siquiera un segundo. Pensé inmediatamente en ti, me puse en contacto con el inventor en cuestión y le dije que podía proporcionarle un comprador cuya generosidad nadie podría superar. Por supuesto, esto le agradó, de modo que aceptó salir inmediatamente para Nueva York, a fin de entrevistarse con la persona que yo le indicase. Le dije que sería una mujer llamada Ana Brown, de modo que éste es tu nombre para la operación. Este técnico suizo dará el nombre de Franz Weheimer a la mujer que se presente como Ana Brown en el primer contacto. Ese contacto, que puede realizarlo él mismo o su esposa, se llevará a cabo el día diez de este mes, a las nueve de la noche, en Nueva York, exactamente en el Williamsburg

Bridge, en la parte de Brooklyn, a la derecha llegando a Brooklyn desde Manhattan. Me pareció mejor así que enviar a esa persona a tu domicilio. Si quien acude a la cita es el hombre, lo reconocerás porque llevará varios libros bajo el brazo izquierdo (mediana estatura, ojos muy claros, cabellos rubios, boca delgada, frente despejada, cincuenta y nueve años). Si quien acude a la cita contigo es su esposa, ella llevará dos rosas rojas en una mano o prendidas en el pecho (delgada, cabellos negros ligeramente teñidos para disimular las canas, ojos pequeños, grises, tristes y escasísima elegancia en su porte e indumentaria, cincuenta y cinco años). Tú sólo tendrás que decir que eres Ana Brown. Lo demás, estoy seguro de que lo resolverás a tu manera, sin necesidad de mis indicaciones.

»Envío este trozo de cinta magnetofónica en una carta, por avión, con la seguridad de que llegará a tiempo para que acudas a esa cita. Imagino que al abrir el sobre habrás notado la combustión de la pequeñísima cantidad de fósforo que he colocado. Si no es así, piensa que este mensaje ha sido oído antes por alguien, aunque no creo que eso ocurra, ni que exista ninguna otra clase de dificultades. Cuando todo haya terminado, puedes escribirme de modo normal o en cualquiera de nuestras claves a mi residencia fija, tú ya sabes. Por mi parte, espero liquidar mi asunto antes de una semana.

«Supongo que es innecesario que te diga cuánto te añoro, sobre todo después de aquellos días de Viena... Me pregunto cómo se puede amar tanto a una mujer y vivir lejos de ella. Cualquier día no podré resistir esta dolorosa soledad y te haré una visita. Hasta entonces, hasta siempre, recibe todo mi amor».

La audición terminó, y la bellísima dama detuvo la marcha del pequeño magnetófono. Mientras tanto, había terminado su disfraz. Se había puesto la peluca rubia sobre los aplastados cabellos negros, unas microlentillas teñidas de negro transparente sobre sus azules pupilas, y unas alargadas almohadillas de caucho especial en la boca, en ambas mejillas, que ahora se veían más gorditas, deformando la graciosa línea auténtica de su rostro. Finalmente, los lentes de cristales azulados... Completado todo esto, la dama que

ahora se miraba al espejo era muy diferente a la que había entrado en aquel cuarto. Disfraz perfecto. Pero aún lo completó mejor poniéndose una fea falda que llegaba por debajo de las rodillas, una blusa amarilla poco menos que horrible y un jersey blanco, de manga larga. La bellísima y hermosísima señorita de ojos azules era ahora poco menos que un esperpento con lentes.

Voilà.

Todavía se aplicó un exceso de maquillaje en las mejillas, con tan poca gracia y acierto que incluso ella misma sonrió. Por último, lo recogió todo, dejó cada cosa en su sitio y sacó un paquete de cigarrillos del maletín; tiró de uno de los cigarrillos, y preguntó:

—¿Frankie?

—Hola, preciosa mía...

—¿Estás donde te dije?

—Por supuesto. Tú ya sabes que Frank Minello está siempre dispuesto a correrse grandes aventuras con Baby. ¿Tendré que esperar mucho, amada entre mis amores?

—¡Eres un sinvergüenza, Frankie! —rió ella—. Yo no seré nunca la amada entre los amores de un hombre, sino siempre la única en el corazón de un hombre.

—¡Puedo olvidar a las otras en un segundo y casarme contigo dentro de dos segundos! ¡Si tú quieres...!

—Calma, calma —volvió a reír la divina disfrazada de esperpento—. Sobre todo, durante la espera. Estate bien atento. ¿Recuerdas cómo te dije que era el pequeño coche negro en el que yo llegaría, y la matrícula?

—¡Claro! ¿Cuánto tardarás?

—No lo sé. Lo mismo pueden ser veinte minutos que dos o tres horas. De veras que no lo sé, Frankie.

—Pues estoy listo... En fin, paciencia. ¿Puedo tener al menos la seguridad de que te veré?

—Ni siquiera eso. Quizá no tenga necesidad de tu ayuda, en cuyo caso te volvería a llamar para que abandonases el sitio.

—¡Pero yo quiero verte!

—Ya me has visto hoy en el periódico, ¿no es así? Y mañana me volverás a ver, espero. ¿No te cansa tanto verme, Frankie?

—¡Cansarme! Por el amor de Dios... Ningún hombre en su sano juicio y salud se cansaría de mirar a la más bella criatura del

mundo, esos ojos tremendos, esa sonrisa de ángel, esas..., esos... Bueno...

—Como me temo que vas a decir alguna grosería, corto. Hasta la vista, Frankie.

Bajó el cigarrillo, cortando la comunicación. Guardó la radio, cogió el maletín, apagó la luz, salió del cuarto... Poco después, estaba junto al pequeño coche negro de tiempos pasados. Lo puso en marcha y sonrió: el cochecito era un asco, pero su motor, bien arreglado, era todavía capaz de cualquier proeza. Arrancó, rodando lentamente por el patio interior, con las luces apagadas. La estrecha rampa apareció de pronto, y el coche se deslizó por ella, ahora con las luces encendidas. Un corto pasillo, una rampa ascendente... Y al finalizar ésta, otro almacén, más pequeño, pero más limpio y cuidado. Una manita de la dama de los falsos cabellos rubios apretó un botón de la pared, y la puerta del almacén se alzó. El cochecito salió a la calle. Tres segundos después, la puerta bajaba. Fin:

Baby miró su relojito y aprobó satisfecha. Tenía tiempo suficiente para llegar al Puente de Williamsburg a la hora de la cita.

Localizó fácilmente a la dama, que concordaba perfectamente con la descripción que de ella había hecho «Número Uno» en la cinta magnetofónica.

Había sido puntualísima, hasta el punto de que las dos parecieron llegar a la vez al punto de la cita. Y, en efecto, la dama vestida sin elegancia y carente por completo de atractivos físicos, llevaba dos rosas rojas prendidas en el pecho.

Baby detuvo el coche junto a la acera para peatones, y la llamó con apremiantes gestos de una mano. Tras ella, la riada de coches procedentes de Manhattan se hicieron oír con secos frenazos y toques de claxon. La mujer de las dos rosas en el pecho se acercó presurosamente, pero quedó junto a la portezuela abierta por Baby.

—Soy Ana Brown —dijo Brigitte—. Suba, pronto.

La mujer entró en el coche, que reanudó la marcha en el acto, calmando la furiosa impaciencia de los conductores que llegaban detrás. Se desviaron de Broadway Una inmediatamente, al llegar a la primera calle que la cruzaba. Brigitte giró hacia la izquierda por Berry Street, hacia Me Garren Park, conduciendo ahora muy despacio, arimada al bordillo. Alzó los ojos hacia el espejo retrovisor y sonrió duramente al ver el imponente automóvil que,

tras ella, también aflojaba la marcha y se acercaba al bordillo.

Visto esto, miró un instante, amablemente, a la mujer.

—¿Señora Weheimer? —sonrió.

—Perdón —dijo ella en alemán—. Sólo hablo alemán. Sé unas pocas palabras de inglés y francés, pero...

—Entonces, hablaremos en alemán —empleó fácilmente Brigitte este idioma—. Quiero que podemos entendernos muy bien, *frau* Weheimer.

—Alabado sea Dios... Usted habla alemán.

—Evidentemente. Bien, *frau* Weheimer, pasamos con toda rapidez al asunto que nos ha reunido. Según me comunica un amigo de Europa, su esposo está dispuesto a vender algo así como un invento importante. ¿En qué consiste ese invento y cuánto pide por él?

—Yo... yo no sé... Esa cuestión deberá discutirla con mi esposo, señorita Brown.

—Entonces, iremos a ver a su esposo. ¿Dónde está?

—Alquilamos una casita en Queens, muy arriba de Northern Boulevard, en el número dos mil ciento catorce.

—Oh, magnífico. Eso no está muy lejos de aquí.

Volvió a mirar por el retrovisor, y de nuevo sonrió. Apretó un poco la marcha, y el gran «Packard» que venía detrás hizo lo mismo. Llegó a la altura de Mc Carren Park, se desvió hacia la derecha, tomando Manhattan Line, y luego bajó por el otro lado del parque, para girar de nuevo hacia la derecha, rodeando el parque y regresando por tanto hacia Berry Street.

El «Packard» continuaba detrás.

—¿Sabe conducir, *frau* Weheimer?

—Oh, sí, desde luego...

—¿Cree que podrá conducir este cochecito, entonces?

Frida Weheimer estudió los mandos unos segundos, antes de asentir con la cabeza.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Póngase al volante, por favor. Y dé otra vuelta a este parque. Es fácil: sólo tiene que ir girando siempre a la derecha. ¿Lo entiende?

—Sí... Claro. Pero no comprendo por qué...

—Nos vienen siguiendo. Y como supongo que a usted eso le

interesa tan poco como a mí, vamos a... disuadir a esos muchachos de su empeño. Sujete el volante... Eso es. Yo me deslizaré por debajo de usted, apretando el pedal del gas... Así... ¡Cuidado el volante! Eso es... Le cedo el pedal, *frau* Weheimer. Océpese solamente de seguir dando vueltas alrededor del parque.

Brigitte recurrió a su maletín. Lo abrió, sacó de él tres tubos de aluminio, los enroscó rápidamente, aplicó en un extremo el culatín que normalmente parecía el de un secador de cabello que contenía el maletín y, por último, de la base de un frasco de crema facial extrajo una de las doce diminutas ampollas de finísimo cristal, y la introdujo por el extremo del fusil de tubo de aluminio. Frida Weheimer la miraba de cuando en cuando, rápidamente, comprendiendo que su atención debía centrarse en el tráfico, en la conducción del pequeño coche.

—Ahora escuche bien, *frau* Weheimer: usted seguirá conduciendo normalmente hasta llegar a la próxima esquina. Allá, detendrá la marcha, para que yo pueda apearme. Después seguirá adelante, efectuando el mismo recorrido, siempre alrededor del parque. Yo le saldré al encuentro lo más pronto posible. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, sí... ¿Qué... qué va a hacer...?

—No se preocupe por eso. Pare en la próxima esquina lo suficiente para que yo pueda saltar sin peligro.

Segundos después, la dama suiza apretaba el freno, apenas doblada la siguiente esquina. Cuando quiso decir algo, la señorita Ana Brown ya estaba fuera del coche, haciéndole señas de que siguiera su camino. Y así lo hizo *frau* Weheimer.

Mientras tanto, Baby se acercó al borde de Mc Carren Park, con el tubo de aluminio colocado verticalmente junto a su pierna derecha. Apenas cinco segundos más tarde, el formidable «Packard» aparecía, persistente en su recorrido idéntico al del cochecito de la espía. Esta sonrió una vez más, alzó el fusil especial de aire comprimido, apuntó al hueco de la ventanilla y apretó el disparador. Silenciosamente, la ampolla de gas fulminante brotó de la sorprendente arma.

Lo que sucedió apenas dos segundos después fue prueba evidente de la puntería de Baby y de la eficacia del gas fulminante. El coche efectuó una brusca sacudida, se desvió hacia la izquierda,

recorrió quince o veinte yardas en zig-zag, ante el espanto de los otros conductores, y acabó por estrellarse contra la base de una de las altas farolas del alumbrado público. Para entonces, Brigitte ya sabía que dentro del «Packard» iban dos hombres que, ciertamente, no morirían debido al choque. Sufrirían tan sólo unas cuantas magulladuras muy lógicas. Lo que no les parecería lógico a los médicos que los atendiesen sería el profundo sueño de tres horas que iban a disfrutar aquellos dos hombres.

Desentendiéndose de los frenazos, los gritos, la sirena de un motorista y demás indicios de que había ocurrido un accidente de tráfico, Baby se alejó de allí, en sentido inverso al de la marcha del coche que conducía *frau* Weheimer. Por tanto, lo veía venir hacia ella antes de haber llegado a la siguiente calle. Hizo señas a *frau* Weheimer para que se detuviese, entró en el coche y sonrió, divertida.

—Sigamos, *frau* Weheimer.

—¿Qué... qué ha ocurrido?

—Nada importante —Brigitte se dedicaba a desmontar su fusil—. Lo que sí es importante es la entrevista con su esposo... Ahora deberá tomar el desvío de la izquierda, por favor. Yo le iré indicando el camino.

Frida Weheimer desvió la mirada al llegar al cruce de Berry Street y Manhattan Line. Más allá, vio el jaleo que el choque del gran «Packard» contra una farola había organizado en la avenida.

—¿Qué... qué ha pasado allí?

—Oh, nada interesante: un vulgar accidente de tráfico.

—¿Son...? ¿Es el coche que nos seguía?

—Me temo que sí, *frau* Weheimer.

—¿Qué les ha hecho?

—Nada malo. Le aseguro que dentro de tres horas estarán perfectamente. No sufra por ellos.

—Bien... Parece que Franz tenía razón. La venta del... de su invento no va a ser nada fácil... Menos mal que usted ha podido evitar que nos siguiesen, pues nos habrían encontrado a Franz y a mí...

Brigitte la miró de reojo, un poco fruncido el ceño, mientras cerraba su maletín. ¿Qué ocurría con aquella mujer? ¿Pretendía burlarse de ella, de Baby? ¿O era una ingenua absoluta? Tenía que

ser una de las dos cosas, ya que, evidentemente, el hecho de que hubiesen podido seguir las en un coche significaba bien claramente que ya sabían dónde los Weheimer estaban residiendo en Nueva York. Tenían vigilada la casa, habían visto salir a *frau* Weheimer y la habían seguido, a ver qué hacía, adónde iba, con quién se entrevistaba... Mientras tanto, obviamente, la casa debe continuar vigilada. Esto indicaba que el grupo que vigilaba a Franz Weheimer era numeroso, y que hasta el momento no podían acoderarse de su invento, por un motivo u otro. Sí... La casa debía estar estrechamente vigilada. Y si no atacaban a los Weheimer para conseguir el invento del marido, era porque no era el momento propicio, simplemente.

De un modo u otro, la casa que Baby iba a visitar parecía una trampa bien vigilada. Y la eliminación temporal de dos enemigos no era un alivio excesivo, desde luego.

Sin embargo, no se preocupó demasiado. Por dos motivos: uno, que parecía que el asunto requería un compás de espera; dos, que atraparla a ella no era tan fácil, en el supuesto de que lo intentasen. Se podía considerar el asunto como si varios cazadores estuviesen esperando a una pantera para ponerle un collar... La pregunta era: ¿quién le pone el collar a la pantera?

Capítulo II

El feo, viejo y antiguo coche se detuvo, finalmente, delante de la casita que ostentaba el número 2114 de Northern Boulevard, en el distrito neoyorquino de Queens.

Antes de apearse, Brigitte miró a su alrededor, pero acabó encogiendo los hombros. Si no hubiera sido por la seguridad de que se imponía aquel compás de espera en torno a Franz Weheimer, seguramente se habría marchado de allí a toda prisa, sin detenerse a pensarlo demasiado. El lugar parecía tranquilo, simpáticamente ciudadano, con gran ruido de coches, muchas luces, casitas vecinas bien iluminadas... Todo presentaba un aspecto casi amable, poco menos que bucólico, pacífico. Y así debía ser normalmente.

Sólo que cuando los espías intervienen la normalidad desaparece. Aparentemente, todo puede estar tranquilo, pero siempre hay un peligro latente, algo así como una bomba esperando el momento de su explosión.

—Es aquí —musitó Frida Weheimer.

—Sí... Veo el número, *frau* Weheimer. Es todo lo que puedo ver, pero puedo presentir mucho más.

—Perdone... No la comprendo, *fraülein* Brown.

—En realidad, no tiene importancia. Todo está bien... Espero que su esposo me recibirá inmediatamente, y que bien tranquilos y a solas podremos conversar sobre...

—Perdón de nuevo... Lo siento. Es que... Franz no está solo, *fraülein* Brown.

—¿Quién le acompaña?

—Pues... Bueno, nos pareció que el viaje podía parecer más inocente si nos acompañaban unos amigos; uno de ellos es Helmut. Y su prometida ha venido con él.

—¿Quién es Helmut, *frau* Weheimer?

—Helmut Kaps, el ayudante de mi esposo. Es un muchacho muy agradable. Le gustará. Su prometida se llama Rossana Vergano. Ella es suiza descendiente de italianos... Es una chica... encantadora.

—Oh, sí... Muy lamentable.

—¿Cómo? —exclamó *frau* Weheimer.

—Quiero decir que las chicas encantadoras dejan de serlo si es necesario, *frau* Weheimer. En general, no hay nada que despierte mi desconfianza de un modo tan rotundo como una chica encantadora. Empezando por mí misma.

—Yo no... no la entiendo...

—No importa. Quiero ver a su esposo cuanto antes. ¿Vamos?

Dejaron el coche junto a la acera. Cerca se veían más casas, árboles, la extensión de la avenida, algunos coches estacionados... Dentro de cualquiera de ellos podía haber varios hombres esperando su oportunidad.

Cruzaron el pequeño jardín, llegaron al porche. *Frau* Weheimer pulsó el timbre, y la puerta se abrió muy pocos segundos después. Entraron las dos, y *frau* Weheimer señaló a la muchacha que había abierto la puerta.

—Ella es Rossana Vergano, señorita Brown.

—La prometida del ayudante de su esposo, Helmut Kaps... ¿Cómo está, señorita Vergano?

La muchacha sonrió de un modo simplemente cortés. Se quedó mirando a *frau* Weheimer, desconcertada. La fea dama sonrió tímidamente.

—Rossana, como yo, no habla bien el inglés, señorita Brown. Deberá conversar con ella en alemán y, a ser posible, en italiano. Comprendo que usted no está obligada a...

—«Si parla italiano» —sonrió Brigitte, hablando fluidamente este idioma—. Sin embargo, creo que, a fin de no complicarnos la vida todos, será mejor que conversemos en alemán. ¿Está usted de acuerdo, señorita Vergano?

—Sí —sonrió Rossana—. Es usted muy amable. Encantada.

—Lo mismo digo. ¿Podemos ver al señor Weheimer?

—Por aquí, por favor.

Rossana Vergano pasó delante, quedando de lleno bajo la escrutadora, astutísima mirada de la espía más formidable de todos los tiempos. Rossana era casi alta, muy hermosa, de cabellos y ojos

negros, boca roja, cuerpo escultural, quizá demasiado generoso en sus formas, un tanto amplias, abundantes. No debía tener más de veintidós años, y su energía juvenil se ponía en evidencia a cada paso que daba...

Muy pocos pasos tuvo que dar para llegar hasta el umbral de la puerta que daba al *living* de la casita. Quedó a un lado, mirando hacia el interior, donde dos hombres se pusieron en pie rápidamente. *Frau* Weheimer se colocó junto a Baby, musitando:

—Es la señorita Brown, Franz... Ella acudió al lugar indicado para la cita. Ocurrió algo horrible que...

—Luego lo explicaremos, *frau* Weheimer —sonrió Brigitte—. Me parece que antes es conveniente que nos conozcamos todos. ¿Es usted *herr* Weheimer, supongo?

Franz Weheimer asintió con la cabeza. También era del todo exacto a la descripción dictada por «Número Uno». Estrechó la mano de Brigitte y señaló al apuesto joven que estaba junto a él. Con más de seis pies de estatura, ancho de hombros, mirada de niño inocente y gran boca de sonrisa simpática, Helmut Kaps era el clásico muchachote suave e inteligente que puede destrozar con una sola mirada un centenar de corazones femeninos. Incluso el de una belleza tan singular y especialísima como era Rossana Vergano.

—Mi ayudante, Helmut Kaps.

—¿Cómo está, señor Kaps? —sonrió la divina.

—Perfecto. A sus pies. ¿Y usted?

Un destello irónico pasó por los ojos de Brigitte, camuflados tras las microlentillas de contacto teñidas de diferente color.

—También perfecta... —admitió la espía—. Ustedes van a perdonarme si no comprendo del todo la situación, pero yo esperaba... encontrarme solamente con *frau* Weheimer o con *herr* Weheimer... Como máximo, digamos que habría aceptado la presencia de los dos juntos; pero son ustedes cuatro...

—Deberíamos ser tres —explicó Franz Weheimer—. Pero Rossana quiso venir en este viaje con su prometido, con Helmut. En definitiva, a todos nos pareció que así el grupo era aún menos llamativo, más... mundano y anodino, señorita Brown.

—Creo que tienen razón. Bien: puesto que todos ustedes deben estar al corriente del asunto, creo que será mejor que no perdamos el tiempo. ¿Qué vende usted, *herr* Weheimer, y a qué precio?

Franz Weheimer carraspeó. Parecía un tanto incómodo y muy nervioso.

—Bueno... La verdad es que no todos están al corriente del asunto, señorita Brown. Ciertamente, Helmut Kaps me ayudó mucho en la consecución de mi... invento, pero sólo con piezas y cálculos sueltos, de tal modo que, en realidad, él no sabe muy bien lo que he conseguido después de algunos años de trabajos. En cuanto a Rossana, aún sabe menos, por supuesto.

—¿Y su esposa?

Franz Weheimer sonrió secamente.

—Mi esposa ha sido siempre la persona que menos importancia ha dado a mi trabajo. Jamás se interesó por él. Si ahora usted le dijera a Frida que yo había descubierto América, seguramente se sorprendería, pero no por el hecho en sí, sino porque me consideraría incapaz de hacer nada... estimable. ¿No es cierto, Frida, querida?

Frau Weheimer palideció ligeramente y bajó los ojos. Brigitte la miró velozmente, de reojo.

—Entiendo, *herr* Weheimer, que solamente usted conoce la naturaleza y características de su... invento o descubrimiento.

—Así es. ¿Entiende usted de electrónica, señorita Brown?

—Muy ligeramente —mintió Brigitte con absoluta desfachatez—. Cualquiera podría engañarme en ese terreno. ¿Su invento está relacionado con la electrónica auténtica, *herr* Weheimer? Mi amigo de Europa así me lo da a entender, y por sus palabras parece que está en lo cierto.

—Bueno... Es electrónica, mecánica... Un poco de Ciencia pura, quizá... Es un invento relativo, en realidad.

—¿Relativo?

—Digamos que es un perfeccionamiento de un invento que ya está funcionando en el mundo.

—Oh —Brigitte pareció decepcionada—. ¿Y cuánto pide usted por él?

Franz Weheimer sonrió secamente. Fue al pequeño mueble-bar, sirvió *whisky* en cinco vasos y se acercó a Brigitte llevando dos de ellos. La divina espía tomó el que le ofrecía y bebió un sorbito.

Luego, como le pareciera que el suizo estaba reflexionando, optó por sentarse en el sofá, dejando junto a sus pies el maletín rojo con

florecillas azules. Helmut Kaps fue al mueble-bar, ofreció un vaso a Rossana, otro a *frau* Weheimer, y se quedó el último. Todos estaban pendientes de Franz Weheimer.

—Cinco millones de dólares —dijo de pronto el inventor suizo.

Seguramente, esperaba que la señorita Brown saltase de su asiento, o poco menos. Pero la «señorita Brown» se quedó tan campante como si le hubiesen pedido cinco centavos por un refresco.

—Es una interesante cantidad —dijo, indiferente—. Y como todas las cantidades, es relativa. Quiero decir que el precio ni es caro ni es barato. Todo depende de lo que usted ofrezca por esos cinco millones de dólares, *herr* Weheimer.

—¿No le asusta el precio?

—A mí, *herr* Weheimer, lo único que me asusta es la guerra. Lo demás me parece un divertido juego de muchachos simpáticos.

—¿Dispone usted de cinco millones de dólares?

Ahora, Brigitte casi soltó una carcajada.

—Querido señor Weheimer: personalmente, tengo una fortuna que rebasa holgadamente esa cantidad. Y en caso necesario, por si merece su interés, le diré que podría conseguir, en menos de quince días, unos quinientos millones de dólares.

—Quizá deba pedir esa cantidad —sonrió Weheimer.

—Quizá. Tampoco me alteraré por ello. Sólo me alteraré cuando usted, por esa cantidad, me ofrezca una tontería. Digamos, pues, que el precio inicial es de cinco millones de dólares. Cuente con ellos. Ahora, dígame qué ha... inventado o mejorado usted.

—Su nombre es «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

Brigitte bebió un sorbito de *whisky* y luego quedó reflexiva durante unos segundos. Al cabo, musitó:

—Deduzco que ese nombre es un compuesto ingenioso de las palabras «ultra», «geiger» y «electrónica». El número sesenta y ocho supongo que se refiere al año corriente.

—Exacto. Todo exacto.

—¿En qué consiste ese «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»?

—Es un aparato electrónico, derivación del contador «Geiger» para medir la intensidad de las radiaciones atómicas.

—¿Qué más? —inquirió fríamente la divina.

—Me parece que no lo ha entendido, señorita Brown. Mi aparato

es un...

—Un contador «Geiger» más o menos perfeccionado. ¿Y por él pide usted ni más ni menos que cinco millones de dólares?

—Usted no entiende, no... Mi «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» no es un detector corriente de radioactividad.

—¿Qué es?

—Digamos que es un... un buscador ultrasensible de uranio.

—¿Cómo?

—Bueno... Usted ya sabe que existen localizadores de mineral de uranio. Son aparatos que lanzan determinadas ondas hacia el subsuelo, pero tienen un límite de alcance. El mismo sistema se usa en plantas o centrales de refinamiento de uranio, en el sentido de que todo empleado de esa refinería es «registrado» por el contador «Geiger», por si lleva sobre sí la menor muestra de radioactividad que pueda resultar peligrosa. En definitiva, por los diversos sistemas de los aparatos «Geiger», se evita que algunas personas cargadas de radioactividad se mezclen con sus conciudadanos o familiares; y también se utilizan diversos modelos del contador «Geiger» para localizar mineral de uranio en el subsuelo, en diversas partes del mundo: Estados Unidos, Alemania, Rusia, Francia, Canadá...

—Sé todo eso. *Herr* Weheimer, le estoy rogando que me explique claramente en qué consiste su «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Si no está dispuesto a hacerlo, olvídeme a mí, olvide sus cinco millones de dólares, y...

—Espere. Le diré en pocas palabras en qué consiste mi invento. El «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», de funcionamiento exclusivamente electrónico, es capaz de detectar, señalar la presencia de uranio o mineral de uranio a cinco mil millas de distancia.

Brigitte se quedó mirando estupefacta al suizo.

—¿Está loco? —refunfuñó—. ¡Naturalmente que a cinco mil millas tiene que señalar la presencia de uranio! Eso es tanto como decir que yo soy capaz de detectar personas a esa distancia. Es fácil, puesto que sé que tengo seres humanos a mucho menos de cinco mil millas.

—Usted no me entiende... Lo que trato de decirle es que la escala sensible del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» es tan delicada que podría localizar todo el uranio que hay en el planeta Tierra. Por ejemplo, un contador «Geiger» normal deja de señalar la presencia

de mineral de uranio cuando éste se halla a más de cien yardas de profundidad. Pues bien: mi contador «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» señala esa presencia de mineral aunque esté a más de cuatro mil millas de profundidad. En resumen, señorita Brown: con mi «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» se tendrá al alcance hasta el último y más escondido yacimiento de mineral de uranio que exista en el mundo.

Brigitte se quedó mirándolo irónicamente.

—Es una broma, claro, *herr* Weheimer.

—¿Una broma? ¿Por qué dice eso?

—Oh, vamos... Existen ya contadores «Geiger» diversos, cuya sensibilidad va aumentando progresivamente. Cuando usted ha mencionado que el alcance de percepción de un contador «Geiger» era de cien yardas, supongo que estaba poniendo un ejemplo...

—Sí... Claro. Sin embargo, le aseguro que mi contador alcanza mucho más profundamente que cualquier otro. Lo he comprobado, en Francia y en Alemania...

—¿Ha hecho usted pruebas ya? —exclamó Brigitte.

—Desde luego.

—Entonces. Bueno, eso significa que usted no sólo posee los planos de ese contador, sino que ha construido ya uno. ¿Cierto?

—Muy cierto. Con ese único aparato que he construido hasta la fecha, hice las pruebas, en Alemania y Francia, en lugares donde ya se había buscado uranio en sus diversas composiciones minerales... Los resultados de las búsquedas en esa zona fueron negativos. En cambio, mi contador señaló la presencia de mineral de uranio... ¿Qué cree usted que significa eso, señorita Brown?

—Si es cierto, significa que su contador tiene más potencia que cualquiera de los más modernos que se están utilizando hasta la fecha, *herr* Weheimer.

—Muchísima más potencia. Y le aseguro que no estoy mintiendo, ni exagerando siquiera. Piense en esto: tan sólo en Estados Unidos y Alaska debe haber tanto mineral de uranio a más profundidad de la que puede alcanzar el contador «Geiger», que si lo localizasen, la producción de uranio sería increíble. Piense en lo que eso significaría: plantas atómicas por todas partes. La energía atómica llegaría a ser tan barata que estaría al alcance de todos. Y no estoy hablando de producciones bélicas, sino industriales,

comerciales, científicas...

—Sé muy bien lo que se puede hacer con el uranio, *herr* Weheimer —cortó Brigitte—. ¿Cuándo podrá hacernos una demostración?

—¿Una demostración? —exclamó el suizo.

Brigitte volvió a mirarlo irónicamente.

—Dígame, *herr*: ¿espera usted que yo le pague cinco millones de dólares por unos cuantos papeles con dibujos y números? Porque si está pensando en vender solamente los planos, ya puedo anticiparle la respuesta: NO. Si pago esa cantidad, querré el prototipo de su invento. Espero que le parezca razonable. Y no sólo querré el prototipo, sino que exigiré una demostración contundente e infalible del funcionamiento de ese maravilloso aparato.

—Bien... El caso es que el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» no está todavía en Estados Unidos, *fräulein* Brown.

—Oh... ¿Dónde está?

—Viajando hacia aquí.

Brigitte contuvo una de sus secas, gélidas sonrisas. Naturalmente: el «Ultrageiton-68» no había llegado todavía a Nueva York. Por eso, en torno a Franz Weheimer se había establecido una vigilancia contenida, un compás de espera. La cosa cambiaría mucho cuando las personas que estaban a la expectativa supiesen o sospechasen que el aparato había llegado. Entonces, pasarían al ataque... Ahora bien: la existencia de esa vigilancia, de ese control sobre los Weheimer, sólo podía significar que alguien conocía la existencia del «Ultrageiton-68». No parecía probable, o al menos lógico, que el propio Weheimer, o su esposa, hubiesen revelado la creación del técnico electrónico. Pero alguien lo había hecho, alguien había revelado que Franz Weheimer había inventado el «Ultrageiton-68»... ¿Quién había traicionado a Franz Weheimer?

—Entiendo —musitó al fin Brigitte—. Dígame una cosa, *herr*: ¿cuántas personas están al corriente de su descubrimiento?

El suizo parpadeó, ligeramente desconcertado.

—Nosotros cuatro tan sólo: mi esposa, Helmut, Rossana y yo.

—Bien... Dice usted que el aparato está viajando hacia aquí. ¿Por qué medio?

Weheimer entornó los ojos, sonriendo.

—Sólo le diré que llegará muy pronto, *fräulein* Brown.

—¿No quiere decirme el sistema por el que usted mismo, desde Europa, ha enviado a Nueva York el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»?

—No veo la necesidad de hacerlo.

—Aceptaré su decisión tan... desconfiada. Otra cosa: ¿puedo ver los planos?

Instintivamente, y sólo por una décima de segundo, la mirada de Franz Weheimer se desvió hacia un cuadro de la pared del *living*.

—Usted no me está entendiendo, *fraülein* —musitó el suizo—. Mi intención es no mostrar ni los planos ni el aparato hasta que se me entregue un resguardo por cinco millones de dólares depositados en un Banco de Suiza que yo mismo señalaré en el momento oportuno.

—Gran desconfianza la suya, *herr* Weheimer. Por otra parte, usted pretende que nosotros no seamos desconfiados. Más bien, quiere que seamos unos ingenuos, bien entendido que sólo un ingenuo depositaría cinco millones de dólares en un Banco de Suiza sin haber recibido nada a cambio.

—Oh, yo espero que usted entienda esto, *fraülein* Brown. Veamos: si yo les engaño, mi vida sería una... garantía para ustedes. Obviamente, no pienso arriesgarla por cinco millones de dólares, ni por mucho más. De este modo, si yo les engañaba, temo que ustedes se... disgustarían profundamente conmigo, con mi esposa, con Helmut y Rossana... Pero si eran ustedes quienes me engañaban a mí, ¿a quién podría yo reclamar? Ni siquiera a usted, pues desaparecería. Y mis posibilidades de encontrarla serían seguramente nulas. En cambio, ustedes me encontrarían a mí con mucha más facilidad, pues supongo que están organizados, tendrán medios poderosos...

—Quizá tenga razón. ¿Cómo es su aparato, *herr*? ¿Grande, pequeño, pesado, ligero...?

—Ligero, y poco más grande que los contadores portátiles actuales. Muy manejable, se lo aseguro. Lo puede llevar un solo hombre con toda facilidad.

—Bien —Brigitte se puso en pie—. Parece que esta primera entrevista ha servido solamente para aclarar las respectivas posiciones y condiciones de cada uno. ¿Cuándo llegará el «Ultrageiton-Sesenta y ocho»?

—Muy pronto.

Brigitte alzó las cejas y miró con expresión divertida al receloso suizo.

—Después de un viaje tan largo, *herr* Weheimer, usted debería confiar más en los norteamericanos. Y si no confía, debió hacer la oferta a otro país.

—¿País? ¿Para quién trabaja usted?

Brigitte devolvió a Weheimer una de sus respuestas:

—No veo la necesidad de decírselo.

—Bien... Pero el hombre con el que hablé en Berna me dijo que una mujer con grandes influencias industriales en Estados Unidos entraría en tratos conmigo. No habló de su país, sino de una mujer bien introducida en el mundo industrial de Estados Unidos.

—Entiendo que usted quiere vender su invento a una empresa particular, no al Gobierno de Estados Unidos.

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Considero que las cosas serán así más sencillas. Luego, el comprador de mi «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» podrá hacer lo que quiera. Pero yo sólo deseo tratos con particulares: vendo mi invento, cobro mi dinero, y me voy. No deseo contactos con su Gobierno, ni posibles relaciones posteriores, que quede esto bien claro.

—Ha quedado muy claro, *herr* Weheimer. Bueno, usted dirá cuándo debemos volver a vernos.

—Cuando esté dispuesta a entregarme ese resguardo de cinco millones de dólares depositados en determinada cuenta-clave en un Banco de mi país. ¿Puede hacerlo?

—Tenemos delegaciones en todo el mundo, y le seguro que para cualquiera de las de Europa no sería difícil depositar ese dinero. Pero antes, claro está, tendré que consultarlo. Yo no soy la propietaria de toda la Corporación, compréndalo. De todos modos, sería conveniente que usted me informase del Banco y la cuenta-clave donde quiere que se haga el depósito. Si aceptamos su propuesta, el resguardo llegará aquí en dos días, en vuelo directo y privado, y podré entregárselo.

—Magnífico —sonrió Weheimer—. En ese caso, le diré que es más que posible que el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» esté aquí, en Nueva York, dentro de dos días.

—Oh, comprendo —sonrió Brigitte—. En realidad, *herr*, ese aparato ya está en Nueva York, ¿no es cierto?

—Sólo posible —sonrió también de nuevo Weheimer—. De lo que sí puede estar segura es que tendrá los planos y el prototipo media hora después de que yo tenga ese resguardo.

—Pues no hay más que hablar. Consultaré con... el Consejo Financiero de la Corporación, y le llamaré por teléfono en cuanto tenga una respuesta. Por favor, anóteme el número de este teléfono y el nombre y cuenta-clave de ese Banco suizo.

—Con gusto.

Franz Weheimer anotó en un papel los datos requeridos. Lo entregó a Brigitte, y se quedó mirándola especulativamente, vacilante.

—¿Alguna duda, *herr* Weheimer? —sonrió ella.

—Bueno... Yo sólo espero que no intenten ustedes ninguna jugada... rara, *fraülein* Brown.

—Le aseguro que no. Por mi parte, al menos, nunca hago jugadas raras.

Lo que no dijo fue que ella consideraba «jugada rara» la jugada sin sentido. Las demás jugadas, las que podían parecer extrañas pero que al final daban un resultado, esas sí las hacía la agente Baby. Se despidió amablemente de todos, mirando con contenida curiosidad poco menos que divertida a Helmut Kaps y a Rossana Vergano; pero, por supuesto, se guardó muy bien de decir que, lógicamente, sólo ellos dos, o uno de los dos, estaba relacionado con la vigilancia a que estaban sometidos los Weheimer con vistas a robarles su invento.

Frau Weheimer la acompañó a la puerta, a petición de Brigitte. Una petición muy justificada, tan astuta como todas las decisiones de la agente Baby. Ya en el porche, la divina tomó de un brazo a la fea y triste mujer.

—Quiero decirle algo, *frau* Weheimer, y le ruego preste la máxima atención.

—Oh, sí... Sí, desde luego, *fraülein* Brown.

—Bien. No deberá decir nada a su esposo, o a Helmut Kaps y Rossana Vergano de lo sucedido. Me refiero a que nos seguían aquellos hombres en un coche.

—¿Por qué? —Se sobresaltó la mujer.

—Es sencillo de comprender, *frau* Weheimer. Si lo dice, todos se van a asustar mucho. Es evidente que ustedes están vigilados, que alguien tiene sus propios... proyectos respecto al invento de su marido. Con toda seguridad, pretenden robarlo.

—¡Dios mío!

Brigitte sonrió tranquilizadamente.

—No se alarme. Nosotras podremos impedirlo.

—¿No... nosotras...? ¿Se refiere a usted y a mí?

—Desde luego.

—Pe-pero... ¿cómo?

—Yo haré mi parte. La de usted debe ser solamente guardar silencio respecto a que fuimos seguidas. Si su marido se entera, se asustará, quizá dé un paso en falso. Es posible, incluso, que fuese a buscar el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», y quizá eso es lo que están esperando los que los vigilan a ustedes. No hagan nada, y ellos tampoco harán nada. Están esperando la llegada del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», de modo que no harán nada hasta que el aparato llegue, o ellos crean que ha llegado. Pero, antes de eso, estarán fuera de... concurso. Y todo habrá salido bien para usted y su esposo.

—No comprendo... ¿Qué haría usted?

—Oh, nada malo... Yo comprendo, *frau* Weheimer, que usted no tiene por qué confiar en mí más que en su marido. Pero le aseguro que estoy jugando limpio, no sólo en mi beneficio, sino en el de ustedes.

—Franz me preguntará luego qué cosa horrible vi...

—Diga que vio un accidente automovilístico. Tengo la impresión de que *herr* Weheimer no la considera demasiado inteligente. Aceptará esto que parece una tontería y no insistirá. *Frau* Weheimer: insisto en que debe confiar en mí. Sé muy bien lo que hago en todo momento.

La mujer se quedó unos segundos mirando aquellos extraños ojos negros tras los cristales azulados. Por fin, asintió con la cabeza.

—Está bien —musitó—. No le diré a Franz que nos estuvieron siguiendo en un coche. No le diré nada de eso.

—Gracias, *frau* Weheimer. Nos veremos pronto.

Le sonrió afectuosamente y se alejó. Segundos después, entraba en su cochecito anticuado. Lo puso en marcha, se apartó de la acera

y miró por el retrovisor. Sonrió al ver el gran «Opel» que rodaba silenciosamente tras ella.

Al parecer, alguien estaba buscando llevarse un disgusto parecido al de otros dos hombres que en aquellos momentos debían estar en un hospital, más o menos heridos, y todavía con sueño para dos horas.

Pero, realmente, más que enviar a dos hombres más al hospital, la agente Baby llegó a la conclusión de que convenía poner en práctica el plan llamado «Inverso».

Capítulo III

Efectivamente, cuando detuvo el cochecito en la esquina próxima al «Marvel Dancing», Frank Minello estaba allí, esperando pacientemente, con un cigarrillo en los labios. Y antes de darle tiempo a adelantarse hacia ella, Brigitte le llamó por la pequeña radio. Vio cómo Minello se quedaba como clavado en la pared, y que, con aspecto distraidísimo, sacaba su propio «paquete de cigarrillos».

—¿Sí, Brigitte? —musitó.

—No te acerques ahora a mí, Frankie. Tengo a dos hombres detrás, en un «Opel». ¿Los ves?

—Mmm... Sí. ¿Quieres que les rompa la cabeza?

—No. Sólo quiero que hagas lo que convinimos. Cuando ellos se metan en el *dancing* detrás de mí llévate este cacharro.

—¿Y luego?

—Si te necesito, volveré a llamarte.

—Tengo una sugerencia que hacerte: ¿por qué no te olvidas de que eres una espía y recuerdas que eres una mujer... y que yo soy un hombre más bien interesante?

—Eres demasiado guapo para mi gusto, Frankie —rió Brigitte—. Hasta la vista.

Guardó la radio, recogió su maletín y salió del coche. Caminó hacia el *dancing*, y, para cuando los dos hombres del «Opel» quisieron darse cuenta, ya había entrado.

Recorrió el corto pasillo y apareció de pronto en la sala de baile propiamente dicha. Un montón de jóvenes se dedicaban al alegre pasatiempo de dislocarse las rodillas al compás del estruendo musical. Estaba lleno de humo, de chicas con minifalda, de muchachos más o menos *hippies*, de coca-cola, de chicle... La música parecía un feroz taladro que estallaba dentro de la cabeza.

Los grititos de excitación se sucedían graciosamente... Viva la juventud.

Recorrió la sala por un lado, sorteando a los agitados bailarines. Un grupo de tres o cuatro muchachos se las dieron de graciosos al verla pasar, con aquella facha en verdad insólita en el *dancing*, convertida en un esperpento auténtico, con su falda más abajo de las rodillas, su horrible blusa amarilla, el feo jersey blanco, los zapatones... Le dijeron una salvajada en verdad brutal, pero, naturalmente, ella no se alteró.

Por fin, llegó adonde se había propuesto: delante de aquella puerta en la que se leía «Ladies». La empujó, volviéndose ligeramente hacia la entrada a la sala. *Okay*: allá estaban los dos tipos, y la habían localizado. Uno de ellos quedó junto a la puerta. El otro, se fue tras ella, pero sin mirarla, muy adecuado en su papel de distraído.

Entró en los servicios del «Marvel Dancing». Inmediatamente, se introdujo en una de las cabinas de inodoros, cerrando la puerta tras ella. Se quedó mirando la pequeña ventanilla que había en lo alto. Pero, además de que salir por allí le resultaría difícil, no le convenía. Lo que le convenía a Baby en aquellos momentos era el plan «Inverso».

Se desnudó en un santiamén, le dio la vuelta a las prendas, y el resultado fue el siguiente: el jersey blanco mostró la roja cara interior, la blusa amarilla se convirtió en negra, la falda la arrolló en la cintura, de modo que dejó buena parte de las piernas al descubierto. Luego dobló hacia dentro el cuello de la blusa, mostrando ahora un escote tremendo, abismal. Se subió graciosamente las mangas del jersey. A los gruesos tacones de sus zapatos les quitó la funda, de modo que dejaron al descubierto unos tacones finísimos, delicados. Se quitó la peluca, los lentes y las almohadillas que hinchaban sus mejillas. En un instante, valiéndose de su espejito, se pintó la boca y los ojos de un modo casi escandaloso. Guardó la peluca rubia y los lentes, agitó sus largos cabellos negros y sonrió. *Voilà*. La metamorfosis habría merecido la aprobación instantánea del mismísimo «Número Uno», el mejor espía masculino de todos los tiempos.

Una vez todo guardado en el maletín, sacó de éste una bolsa de lona, con la inscripción, en rojo, de un gimnasio. Metió dentro el

maletín y salió de la cabina. Tres segundos después, salía de los servicios para damas, oscilando su bolsa de gimnasio al compás de sus caderas, dando aquellos pasitos cortos, elegantes, que parecían obligar a los tacones a acariciar el suelo.

Por supuesto: el tipo que se había adentrado en el local la vio salir, la miró, pero su expresión no se alteró. En el acto, su mirada regresó a la puerta de «Ladies», esperando al esperpento con lentes y cabellos rubios. Cuando pasó por el lado del grupo de muchachos, éstos le dijeron otra salvajada, pero ahora queriendo ser amables... Cuando pasó junto al tipo que se había quedado en la puerta, éste ni la miró siquiera; estaba demasiado ocupado mirando a su compañero, y hacia la puerta de «Ladies».

Así que la agente Baby se encontró en la calle sin el menor contratiempo. Un vistazo fue suficiente para comprobar que el cochecito birria había desaparecido, naturalmente con Frank Minello al volante.

Okay.

Llamó a un taxi, y cuando iba hacia él, pasó rozando el gran «Opel» de los dos chicos listos que la estaban esperando dentro del *dancing*. Y al rozarlo, su mano dejó allí uno de los pequeños emisores provistos de ventosa magnética.

Entró en el taxi, bajo la descarada mirada del taxista, que se volvía en el asiento para mirarla a su gusto, sin disimulos.

—¿Adónde, preciosa?

—¿Quiere ganarse cien dólares extra? —preguntó Brigitte.

—Oh, no... ¡Qué va! Yo estoy aquí porque me gusta ayudar a mi prójimo: los recojo si hay lluvia, los llevo a Bronx gratis... Cosas así.

—De acuerdo, de acuerdo —rió Brigitte—. Quiere los cien dólares. Entonces, aléjese de aquí y pare lo bastante cerca para que podamos seguir viendo ese «Opel» —lo señaló— y seguirlo cuando dos hombres se vayan en él.

El taxista guiñó un ojo.

—¿Es usted del FBI? —sonrió.

—No. De la CIA.

—¡Je, je! ¡Esta es buena! —rió ahora el taxista—. ¡De la CIA! Bueno, nena, por cien dólares, voy a trabajar para una espía... ¿No es eso?

—Exactamente. Y muy agradecida.

—¡De nada! —volvió a reír el hombre—. ¡De nada, de veras...! ¡De cuando en cuando es bueno divertirse un poco! Bueno, vamos a hacer todo eso que usted dice, encanto...

Quince minutos tardaron todavía en salir los dos hombres, hosca la expresión, sombríos. Se fueron directos al coche, entraron, y el vehículo se puso en marcha.

—Los sigo, ¿eh? —dijo el taxista.

—Sí, sí. Pero con cuidado. Son de los que se dan cuenta de que los están siguiendo, de modo que déjeles un par de manzanas de ventaja.

El taxista la miró con ojos desorbitados.

—¿Dos manzanas de ventaja? ¡Qué bien! Oiga, encanto, si les dejo esa ventaja no los encontramos ni en veinte años buscándolos por Manhattan. ¿De qué pueblo ha llegado usted?

—Haga lo que le digo, por favor.

—*Okay*, usted paga, así que... ¡a la orden!

Apenas medio minuto después, mirando atentamente el pequeño aparato con una aguja indicadora que tenía en las manos, Brigitte musitó:

—Adelante. Y siga recto, por ahora. Yo le iré indicando el camino.

El taxista miró un instante aquel aparatito con una aguja que se movía, y que emitía una levísima señal como de radio: «bip-bip-bip»... Ya no sabía si continuar riendo o tomarse la cosa en serio. Optó por obedecer las instrucciones de aquella chica preciosa del tremendo escote formidable y piernas sensacionales.

—Deténgase.

El taxista se echó a la derecha y paró el coche.

—¿Y ahora? —preguntó—. Estamos en New Jersey, encanto, y del «Opel» no se ve ni el brillo.

Brigitte le tendió un billete de cien dólares, impávida.

—¿Quiere ganarse otros cien? —sonrió.

—A este precio, soy suyo para toda la noche. Para lo que usted guste, ya sabe...

—Sólo le necesito como chófer. Pero si cambio de opinión se lo diré.

—Buena idea. ¿Qué tengo que hacer para ganarme otros cien

«pavos»?

—Esperarme aquí.

—Pues estupendo. Descansaré un ratito, nena. Hasta luego.

Brigitte se apeó, llevando en una mano la bolsa de gimnasia, y en la otra el localizador de señales que emitía el emisor colocado en el «Opel». No tardó ni un minuto en tener el coche a la vista. Estaba detenido ante una casa de una sola planta, con un bonito jardín de césped y dos grandes plátanos muy frondosos. A un lado, un pequeño garaje. Eran las once de la noche y algunos minutos, y todo parecía en calma en aquel barrio residencial de los suburbios. Frente a otras casas, se veían un par de automóviles detenidos, seguramente de alguna visita... Había luz en varias de ellas, además. Y había luz en la que, al parecer, habían entrado los dos tipos del «Opel».

La divina espía tardó menos de dos minutos en encontrar una zona de sombras, entre unas flores y bajo uno de los frondosos plátanos. Ante ella, un poco de lado, el gran ventanal que, sin duda, debía pertenecer al *living* de la casa. Había luz allí, pero las persianas estaban casi completamente cerradas.

Con su rapidez habitual, Brigitte montó el fusil de tubos de aluminio y disparó un micrófono-dardo a la ventana, al marco. Luego, puso en marcha el receptor, colocándose el diminuto auricular en un oído y accionando el botoncito que ponía en marcha la cinta grabadora...

—... aceptar los hechos —oyó, en ruso—. La chica nos engañó, y ya nada puede hacerse, Prokov. Igor y yo hicimos las cosas bien, pero, según parece, aquella mujer las hizo mejor. Por supuesto, es de la CIA.

—Mal asunto, Zarev. Las noticias eran que no iba a intervenir ningún servicio de espionaje, excepto nosotros.

—Bueno, es evidente que Rossana se equivocó. Ella nos dijo que Weheimer no pensaba negociar con el Gobierno americano, pero quizá ese suizo cambió de opinión... O bien esa mujer rubia que nos ha burlado no le ha dicho a Franz Weheimer que pertenece a la CIA.

—Es posible que sea eso, Zarev, es posible. Aparte de que no podemos estar seguros de que la rubia astuta sea de la CIA.

—Oh, vamos, Prokov, abandona esas esperanzas de que la CIA

no esté interviniendo. ¿Qué opinión tienes de Igor y de mí? ¿Crees que una chica cualquiera podría engañarnos tan fácilmente como la rubia...? Ella tiene que ser de la CIA Y muy bien entrenada. Estamos convencidos de que es la que pasó luego tranquilamente ante nuestras narices, sin lentes, sin peluca rubia, cambiada de ropas... Demasiado buen trabajo para admitirlo en un ciudadano particular, demasiada audacia y seguridad en sí misma... Aceptémoslo: la CIA ha metido la nariz en el asunto del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

—Bien... Y lo peor es que no tenemos noticias de Nuref y Vasarian. Me decís que se fueron detrás de la esposa de Weheimer, cerca de las ocho y media; pero lo cierto es que ella regresó con la rubia audaz y ellos no han dado señales de vida. Luego, os vais detrás de la rubia, y ella os deja clavados en un baile... ¿Quieres decir algo, Igor?

—Así es, Prokov. Zarev y yo hemos venido hablando durante el camino, y creemos que sería conveniente apoderarnos de los planos, sin esperar nada más. Luego, si las cosas van bien, podremos conseguir el detector especial... Franz Weheimer lo tiene bien escondido, o lo está esperando, no sabemos por qué medio. Pero ni siquiera Rossana sabe dónde pueda estar ese aparato, o cuándo llegará. Mientras esperamos, la CIA puede tomar directamente cartas en el asunto al fin, y pisarnos la operación. ¿Por qué esperar más, si tenemos los planos a nuestro alcance? Con ellos es suficiente.

—Sí... En efecto. ¿Tú estás de acuerdo con eso, Zarev?

—Desde luego. Tanto esperar sólo puede perjudicarnos. Obtengamos ahora los planos, y los enviamos a Rusia. Luego, podemos quedarnos por aquí y, si es posible, nos apoderamos también del aparato. Pero no esperemos más para tener los planos. Rossana puede conseguirlos en cuanto le demos la orden.

—Los Weheimer se alarmarán, se asustarán...

—Quizá sea lo mejor, a fin de cuentas. Si se alarman, es posible que vayan a buscar el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», o hagan algo... Cualquier cosa nos favorecerá más que esperar. No olvidemos que la CIA, con toda seguridad, está interviniendo. No les demos tiempo.

—De acuerdo. Avisad a Rossana Vergano por el sistema

establecido. Poneos de acuerdo con ella para que esta noche robe los planos de la caja fuerte y os los entregue. Pero ella deberá permanecer allí, para tenernos al corriente del paradero del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

—De acuerdo.

—Y haced bien las cosas esta vez. Nada de fallos. Esos planos tienen que salir esta misma noche para Rusia. Son las once y... veinte. Dad un buen margen de tiempo a Rossana. Que consiga esos planos a las dos de la madrugada, cuando todos duerman con seguridad. Y me lo traéis inmediatamente. Estoy intranquilo por lo de Nuref y Vasarian, hasta el punto de que empiezo a pensar en la conveniencia de abandonar esta casa. Si es cierto que la CIA está interviniendo, es posible que ellos tengan a Vasarian y Nuref. Podéis marcharos. Y espero que estaréis aquí a las tres, lo más tarde.

—Cuenta con ello, Prokov. Hasta entonces.

—Adiós...

La conversación, íntegramente en ruso, fue entendida a la perfección por la espía más linda y eficaz del mundo, que recogió rápidamente sus aparatos, guardándolos en el maletín. Se deslizó hacia la ventana, y estaba llegando a ella cuando la puerta de la casa se abrió. Salieron dos hombres, que se dirigieron hacia el «Opel». Baby retiró el micrófono velozmente, se escondió y esperó a que el «Opel» se alejase... Luego, esperó todavía cinco minutos más; inmóvil. Transcurrido este tiempo, rodeó la casa, evitando la luz. Apareció junto al garaje, por detrás. Se deslizó hasta la puerta, entró abriéndola lo imprescindible, y se quedó mirando el coche, en el cual, segundos después, colocaba uno de los emisores magnéticos para localización por medio del receptor de señales.

Salió del garaje, cruzó el jardín como una sombra, y ya en la calle se alejó, sonriendo fríamente. Según parecía, la lógica no podía fallar jamás: alguien de la casa había puesto a MVD al corriente de la existencia, de la invención del «Ultrageiton-68». Y ese alguien, bien claro lo había oído, era Rossana Vergano, la amantísima novia de Helmut Kaps, el ayudante de Franz Weheimer.

Bueno... Quizá la tal Rossana Vergano estaba pidiendo a gritos una lección que jamás olvidaría.

Cuando entró en el taxi medio minuto después, el taxista se

volvió sobresaltado, respingando, pero la reconoció en el acto. Sin embargo, su excitación no decreció.

—¡Oiga, vi el «Opel»...! —exclamó—. ¡Juraría que era el mismo! ¡Ha pasado por aquí no hace ni...!

—Cálmese. Yo también lo vi. Lléveme a Manhattan, ahora.

—¿Por dónde? Como antes me indicó el camino...

—Ahora, no. Lléveme por el camino más corto al cruce de la Catorce Este y la Primera Avenida. Allí le entregaré sus otros cien dólares, y su ayuda a la CIA habrá terminado.

—¡Vaya...! ¡Ahora que me empezaba a gustar este asunto!

—Así es la vida: cuando algo nos gusta, vienen otros, y pretenden quitárnoslo. En marcha, amable caballero.

Se sentía más que satisfecha. El plan «Inverso», es decir, la inversión de perseguido a perseguidor, había sido todo un éxito... Una vez más, naturalmente.

Capítulo IV

Apenas entrar en el almacén, a pie, una gigantesca sombra pareció cernirse sobre ella. Baby pareció clavar los pies en el suelo y adelantó ambas manos, cruzadas ante su rostro, rígidas como tablas.

—Eh, eh, eh... Soy yo, caramba...

—Frankie... ¿Todo fue bien?

La espía bajó las manos y se dejó abrazar por su compañero de trabajos periodísticos y, en ocasiones, de espionaje. Y a fe que Frank Minello sabía aprovechar adecuadamente las pocas ocasiones en que la divina permitía sus completas aproximaciones...

—Por mi parte, sí —musitó Minello—. Estaba pensando...

—Piensa todo cuanto quieras. Pero deja de... abrazarme, o como quiera que tú llames a lo que estás haciendo.

Minello la soltó, emitiendo un gruñido de decepción.

—Está bien, está bien, no iba a gastarte por un pequeño abrazo, ¿no te parece?

—Casi me has roto la blusa... Frankie, ¿dejaste el cochecito en su sitio?

—Desde luego. Y después vine aquí a esperarte. Todo está en calma y en orden. ¿Cómo te fue con aquellos dos tipos del *dancing*?

—Absolutamente bien. Son de la MVD soviética.

—¿De la...?! —Respingó Minello—. ¡Entonces, nos estamos metiendo en un lío muy gordo, Brigitte! ¡Yupiii...!

—Eres un inconsciente, querido. ¡Te digo que te estés quieto!

—Era sólo una caricia...

—No necesito caricias de tipos con tantas manazas. Santo Dios, Frankie, pareces un pulpo...

—¿Un... «octopus»[1]?

—¡Más peligroso todavía! —rió ella—. Bueno, deja de ponerte pesado y vamos a mi... camerino.

—A tus órdenes, divina espía.

Descendieron por el angosto tramo de escalones de madera que llevaban al largo pasillo donde se veían varias puertas, y una al fondo, que daba al patio donde Frank Minello había dejado el pequeño coche arcaico, después de llevárselo de las cercanías del «Marvel Dancing».

Entraron en el mismo cuarto donde Brigitte Montfort se había convertido en la señorita Ana Brown, y Minello se fue directamente a una silla. Se sentó, encendió dos cigarros y tendió uno a Brigitte, mientras miraba con gesto de resignada admiración a su alrededor, como esperando alguna extraña magia.

—Verdaderamente, amor mío, cada día resultas más... enigmática y sorprendente. He estado aquí ya tres veces, contando la presente; y siempre me pregunto si realmente este viejo almacén es el escondite secretísimo de la espía más cruel de todos los tiempos.

—¿Te parezco cruel? ¿Crees que las personas a las que mato no merecen la muerte?

—Oh, no me refería a eso, no... Me refería a lo cruel que eres conmigo, con mi amor por ti...

—¡Frankie, deja de decir tonterías!

—¿Es una tontería amarte?

Brigitte suspiró, desalentada, convencida definitivamente de que no conseguiría que Frank Minello diese otro giro a la conversación. Para asombro del redactor-jefe de los servicios deportivos del «Morning News», apretó en cierto punto de la pared, y un trozo de ésta se abrió, paralelamente, dejando visible un gran armario con numerosos departamentos en los que había de todo, desde cosméticos a venenos.

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. ¡Esto no lo sabía yo!

—Son pequeñas tonterías —dijo Brigitte—. ¿Te gustaría saber lo que está ocurriendo, Frankie?

—¡Desde luego! Me llamas, me dices que te espere en tal sitio, luego que me vaya, luego que te espere en otro... A veces, tengo la impresión de que te distraes obligándome a dar paseos... Demonios, dime de una vez qué es lo que está ocurriendo.

Brigitte echó una mirada a su relojito. Luego comenzó a explicar a Minello todo el asunto, mientras se dedicaba a diversos

preparativos.

Lo primero que hizo, siempre sin dejar de hablar, fue desnudarse casi completamente; quedó ante el extasiado Minello solamente con sujetadores y pantaloncitos. Y zapatos. Una vez estuvo en tan fresca y cómoda indumentaria, sacó del armario un atuendo que consistía en una sola pieza, negra, y que abarcaba todo el cuerpo. Se lo puso, y pareció como si sobre su propia piel se hubiese puesto otra, negra, apretadísima hasta el punto de que sus encantos extraordinarios no podían destacar con más exactitud; se puso también unos mocasines, igualmente negros. Luego, ante el espejo del lavabo, se quitó las microlentillas de tonalidad negra, con la punta de un dedito humedecido, dejando así visible la estremecedora belleza de sus ojazos azules. Se quitó también el exagerado maquillaje que se había aplicado en los servicios del «Marvel Dancing». Lo ordenó todo, revisó su maletín, se aseguró de que tenía allí todo lo que pensaba utilizar, y entonces sacó una cámara fotográfica y un *flash*. Finalmente, se puso una faldita y un jersey y se volvió sonriendo hacia Minello, que estaba encantado de la vida.

—¿Qué te parece?

—¡Viva la espía más estupenda del mundo! —aulló Frankie.

—¡Por favor. Frankie...! Te pregunto qué te parece todo este asunto del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

—Ah... Bueno, por lo que me has contado, parece que todo se está poniendo al rojo vivo, interesantísimo en verdad. Pero, realmente, estoy convencido de que mi opinión, para la espía más astuta del mundo, no vale gran cosa. ¿Qué piensas hacer con esa Rossana Vergano? A ti no te gustan los traidores, ¿verdad?

—No creo que le gusten a nadie. En cuanto a esa chica... No sé. Seguramente le daré una lección. Pero, como suelen decir los grandes maestros, «una lección no es provechosa para el alumno si no lo es también para el profesor».

—Mmmm... —Minello se rascó la nuca—. Entiendo que quieres obtener algún beneficio de esa lección que piensas darle a la chica llamada Rossana.

—Naturalmente. En realidad, pienso dar una lección a mucha gente, Frankie. Tardarán en digerirlo, pero al final comprenderán.

—Comprenderán, ¿qué cosa?

—La lección.

—¿Qué lección?

—La que voy a dar a unas cuantas personas.

Minello volvió a rascarse la nuca.

—Bien... Es posible que esa gente, sean quienes sean, aprendan una lección, pero yo no entiendo nada de nada. ¿Te refieres a esa Rossana Vergano y a los rusos?

—Y a otros... ¿Qué opinas de esta cartulina negra, Frankie? ¿Te parece que impedirá que se vean a través de ella los fogonazos de un *flash*?

—Yo creo que sí lo impedirá. ¿Por qué?

—Ve a mi «Mustang» con este rollo de cartulina y estas tijeras, y recorta unos cuantos trozos que puedan tapar las ventanillas, el cristal de atrás... y hacer una especie de cortina que separe en cuanto a percepción de luz, el asiento delantero de la parte de atrás. ¿Lo has entendido?

—Lo que tengo que hacer, sí; lo que te propones, no —alzó las manos, como pidiendo paz—. ¡De acuerdo, de acuerdo, voy a hacer eso, cruel espía sin corazón!

Recogió el rollo de cartulina, las tijeras, y salió del cuarto. Regresó diez minutos después, justo a tiempo de ver a Baby disparando el *flash* un par de veces, probando su eficacia. Luego, se quedó mirando la pequeña cámara que ella estaba utilizando.

—¿Vas a tomar microfotos?

—Así es, Frankie. ¿Has preparado todo eso?

—Claro...

Brigitte volvió a mirar su relojito.

—Tenemos tiempo sobrado para ir allá, pero más vale así.

—¿Adónde vamos?

—Al dos mil ciento catorce de Northern Boulevard.

—¿Al...? ¿A la casa de esos Weheimer?

—Efectivamente. Por el camino te iré explicando todo lo que quiero hacer. Puedes negarte a ayudarme, si quieres.

—Je, je —rió Minello, brillantes los ojos—. Esta es una de las más divertidas bromas que he oído jamás.

—Entonces —Baby le tiró un beso con un dedito—, vamos hacia allá, querido mío, a esperar un gran «Opel» que llegará con dos interesantes personajes llamados Igor y Zarev, rusos ellos...

El «Opel» llegó a las cercanías de la casa alquilada por los Weheimer a las dos menos diez minutos exactamente. Estaba bien claro que los agentes de la MVD habían comunicado sus instrucciones a Rossana Vergano, por algún medio que a Brigitte le tenía sin cuidado. No sería ella la que se asombrase por cosas de ese estilo.

—Ahí están —musitó Frankie.

—Ssst...

Brigitte sacó su fusil de aire comprimido por la ventanilla. Esperó unos pocos segundos a que saliera uno de los rusos, y entonces apretó inmediatamente el gatillo. Minello vio al hombre llevarse las manos al rostro, vacilar, y luego caer como si sus piernas hubiesen perdido de pronto toda su fuerza. Brigitte no pudo ni siquiera ver eso, porque se dedicó velozmente a introducir otra cápsula de gas fulminante en el fusil de tubos de aluminio.

Cuando volvió a mirar, el otro ruso había salido del coche, y pasaba por delante, rodeándolo, pistola en mano. Lo vio arrodillarse junto a su compañero, tomarle una mano, alzar la cabeza buscando la presencia de un posible agresor... Volvió a apretar el disparador. El ruso que aún estaba consciente se puso en pie de un salto, también llevándose las manos al rostro, soltando la pistola... Y al segundo siguiente caía fulminado por el gas que había escapado de la ampolla reventada en su rostro.

Brigitte dejó el fusil en el asiento de atrás.

—Ya sabes, Frankie.

—Sí.

Se aparearon los dos a la vez. Minello fue hacia el «Opel», junto al cual yacían los dos agentes de la MVD Brigitte fue directa hacia la casa. Entró en el jardín, estuvo un par de minutos mirando hacia distintos puntos de la casa, y por último eligió su lugar de espera: justamente bajo la ventana del *living*, acucillada. Era como una sombra más entre las negras sombras. Solamente el blanco de sus inmensos y bellísimos ojos podía haberla delatado, pero ella lo sabía, y casi los cerró. Incluso contuvo la respiración, en largos intervalos...

Hasta que se cumplieron los minutos que faltaban para las dos de la madrugada.

Entonces, un ligero ruido en la ventana la alertó, la tensó. En

seguida la oyó abrirse. Para entonces, ella se había puesto en pie, pegándose completamente a la pared, hundiéndose parcialmente entre las plantas trepadoras.

Oyó el rumor de una persona. Luego, la figura fácilmente identificable de Rossana Vergano apareció en la ventana, llevando unos papeles en una mano, iba en pijama; uno de esos pijamas cortitos, tan encantadores y simpáticos, muy fresquitos, tanto por la escasez de ropa como por la ligereza casi transparente de ésta.

Rossana Vergano saltó al jardín, silenciosamente, y se quedó mirando hacia las sombras de las cercanas flores.

—Zarev —llamó quedamente.

Brigitte alzó una mano y dio un paso hacia adelante. Rossana Vergano estaba de espaldas a ella, pero debió oír algo, porque se detuvo en seco, se crispó, pareció que iba a volverse...

¡Flap!

El golpe dado por la mano de Brigitte resonó sordamente en la nuca de la suiza de ascendencia italiana. Fue un impacto seco, brevísimo, pero de una ejecución impecable y que, por supuesto, produjo resultados inmediatos, fulminantes. Rossana Vergano cayó primero de rodillas y luego de bruces, perdido el conocimiento. Había que admitir que Baby era muy amable: le aliviaba la molestia de estar despierta a aquellas horas.

Recogió los papeles del suelo y se fue tranquilamente hacia el «Mustang» deportivo de color rojo. Entró en él adelantando un asiento. Minello estaba en el otro y suspiró levemente al verla.

—¿Todo bien, Brigitte?

—Sí. Vigila con cuidado.

—Bien.

Ella entró en el estrecho espacio de atrás. Allá, tendidos grotescamente uno sobre otro, estaban Zarev e Igor, dormidos para tres horas. Frankie lo había preparado todo bien, de modo que Brigitte sólo tuvo que bajar el trozo de cartulina enrollado entre el asiento delantero y el de atrás; y como quiera que las ventanillas y el cristal de atrás también estaban tapados con cartulina negra, aquel pequeño espacio del «Mustang» quedó convertido en un oscuro recinto. Brigitte dio la luz interior. Colocó los papeles sobre el pecho de uno de los rusos y requirió la máquina fotográfica con *flash*. Segundos después tomaba la primera microfotografía. Pasó la hoja

y tomó otra. Y otra. Y otra, y otra... Nueve en total Nueve por cinco, cuarenta y cinco... Fácil multiplicación. El resultado de ella fue que Brigitte tomó todo el juego de planos nada menos que cinco veces. Y aún le sobraron cinco espacios para microfotos en la larga tira de microfilm, que admitía cincuenta.

Alzó la negra persiana de cartulina.

—Todo listo, Frankie. Te dejo la cámara aquí... ¿Tienes las llaves del coche?

—Ninguno de los dos las tenía. Deben estar en el «Opel».

—Bien. Hasta luego.

Se apeó. Minello se desplazó rápidamente hacia aquella ventanilla, sacó una mano y asió la izquierda de Baby.

—¿No sería mejor que te esperase?

—No. Hasta luego. Y trabaja de prisa.

—Está bien...

Brigitte se alejó. En menos de un minuto, estuvo de nuevo junto a la desvanecida Rossana Vergano. Una chica lista, que seguramente se había relacionado con Helmut Kaps para tener acceso al invento de Franz Weheimer. No la censuraba por ello: el espionaje tiene siempre esta clase de cosas.

Con los planos en una mano, entró en la casa, por la ventana que había utilizado Rossana para saltar al jardín. Encontró inmediatamente la caja fuerte, tras el cuadro. Estaba cerrada, y Brigitte tuvo que admitir la buena técnica de la Vergano. Robaba los planos, cerraba la caja, los entregaba a sus compadres de la MVD y luego volvía a la cama. Buen trabajo..., de no haber estado metida en el asunto ni más ni menos que la agente Baby.

Se frotó suavemente los dedos y los puso sobre el disco de la combinación. Si Rossana Vergano había abierto aquella caja, no cabía duda de que Baby podría hacerlo mejor y más de prisa...

Cuatro minutos exactamente. Ni un segundo más. A los cuatro minutos de mover el disco escuchando con su finísimo oído el deslizarse de los engranajes del cierre, la caja quedó abierta. El delgadísimo rayo de luz de su pequeña linterna de incursiones nocturnas penetró en la caja. No había nada allí. Absolutamente nada. Es decir, que Franz Weheimer la estaba utilizando solamente para guardar sus planos. El hecho de que el suizo confiase en una simple, casi ridícula caja fuerte empotrada, hizo sonreír a Brigitte,

pensando que Weheimer no era, ni mucho menos, tan astuto como él mismo creía.

Dejó los planos dentro, cerró la caja, colocó el cuadro en su sitio.

Segundos después, saltaba al jardín, siempre como una sombra, cubierta por la ajustadísima malla negra solamente.

Se detuvo junto a Rossana Vergano y le dio un golpecito con un pie en las nalgas.

—Parece que le he pegado demasiado fuerte... Mmrnm... Me gusta este pijama europeo. Creo que me lo voy a llevar, como modelo para mi modista.

Dicho y hecho. En unos pocos segundos, quitó el pijama a la italo-suiza, y lo enrolló. Se quedó mirando a la desnuda colaboradora de la MVD y movió la cabeza desaprobativamente.

—Demasiado gordita, querida. Te sobra carne y grasa por todos lados... Cuando volvamos a vernos te recomendaré que hagas deporte. ¡Qué abundancia más antiestética de carne, Santo Dios...!

Cruzó el jardín, luego la avenida, y se metió en el «Opel» de los espías soviéticos. Efectivamente, las llaves estaban en el contacto. Puso el motor en marcha, arrancó y se alejó suavemente de aquel tranquilo, pacífico y amable lugar, pensando que, por supuesto, lo último que se le ocurriría a Rossana Vergano cuando recobrase el conocimiento, sería buscar los planos en la misma caja fuerte de donde ella los había robado. Desde luego que no los buscaría allí...

Frank Minello había abierto las puertas del almacén, y las cerró en cuanto el «Opel», conducido por Brigitte, hubo entrado.

—¿Cómo va el trabajo, Frankie?

—Aún no he empezado —protestó el periodista deportivo—. No me has dado tiempo. He limpiado tu coche y he llevado a los dos rusos abajo.

—Vamos a verlos.

Estaban tendidos sobre el sucio suelo de uno de los pequeños cuartos de aquel pasillo. Brigitte los movió con un piececito, a pesar de que sabía que aún dormirían largo rato. Sacó un rollo de finísimo alambre de acero, que tendió a Frankie.

—Átalos con esto —dijo—. Y no ahorres alambre, Frankie. Me parece que estos hombres deberán permanecer no menos de cuarenta y ocho horas aquí. Y tú con ellos.

—¿Las cuarenta y ocho horas?

—¿No quieres hacerlo?

—Oh, sí... Pero me pregunto qué dirá el otro cuando se entere de que no aparezco por el periódico.

—Yo me encargaré de nuestro eterno malhumorado Miky Grogan. ¿No te gustaría que se le curase su úlcera de duodeno?

—¡Sería fantástico! —exclamó Minello.

Se echaron a reír los dos. Brigitte salió del cuarto, y Minello se dedicó a atar a los dos rusos con tal gasto de alambre y eficacia que no cabía duda que los dos hombres antes se amputarían las manos y los pies con el fino acero que se soltarían de sus muchas y fuertes vueltas.

Cuando se reunió con Brigitte en el «camerino» de la espía más astuta de todos los tiempos, ella se estaba poniendo unas ropas normales, y Minello suspiró enfurruñado.

—Te pasas la vida ofreciéndome sesiones de *striptease*, amor de mi vida... ¿Cuándo dejarás caer de verdad el séptimo velo?

—Granuja.

—Pero enamorado... No me digas que tengo que dormir dos noches en ese camastro.

—Lo lamento.

—Me parecería el más confortable de los lechos si tú estuvieras con...

—No sigas. Ahora tengo que irme, a escribir unas cartas. Tú tienes que revelar el microfilm... Ya sabes dónde está todo... Mañana espero tener cinco microfilms cada uno de los cuales contendrá los planos del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». ¿*Okay*?

—*Okay* —se resignó Minello—. ¿A quién vas a escribir esas cartas? ¿A Papá Noel?

—Eso sólo lo hago en Navidad —rió Brigitte—. Hasta mañana, Frankie. Vigila bien. Si ocurre algo, estoy en mi apartamento. A partir de las nueve estaré por ahí, pero no creo alejarme del alcance de tu radio. ¿Alguna duda?

—Hijita, quien trabaja contigo y tiene dudas, es que es un pobre estúpido, idiota y retrasado mental. Que descanses... ¡Y sueña conmigo!

—Lo intentaré —volvió a reír la divina—. Adiós, querido.

Ya en el despacho de su apartamento de la Quinta Avenida

neoyorquina, Brigitte Montfort se quedó mirando especulativamente el borrador de las dos cartas que pensaba escribir. Las dos serían idénticas, y convenía que fuesen perfectamente inteligibles en su contenido y forma. Hizo un par de correcciones, y entonces, en una hoja de papel corriente, sin su nombre ni ninguna otra señal, empezó la primera de las cartas. Iba destinada a un hombre al que ella llamaba «Mi querido “Fantasma”», y el destino era Londres. La otra llevaba este encabezamiento: «*Monsieur Nez, mon ami*», y su destino era París.

En cada una de esas cartas, Brigitte Montfort, alias Baby, ofrecía en venta al MI5 y al Deuxième Bureau un extraordinario aparato llamado «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», que ella aseguraba poseer, recalcando la gran utilidad de tal invento para la localización infalible de mineral de uranio en los más escondidos yacimientos. El precio que pedía, tanto a *monsieur* Nez como a John Pearson «Fantasma», era de cinco millones de dólares, al contado rabioso.

De donde se desprende que nadie puede saber jamás con certeza las cosas raras que puede tramar una espía de la categoría de Baby.

Capítulo V

—La campanilla de la puerta avisó de la llegada temprana de una cliente al atlético individuo de grandes manos tostadas por el sol que estaba arreglando un ramo de flores. Alzó la cabeza, se quedó un segundo estupefacto, y luego sonrió como la persona más feliz del mundo en aquel momento.

—Buenos días, Simón —sonrió la cliente.

—Maravillosos días —se apresuró a mejorar el tiempo el espía florista, ayudante de Charles Pitzer—. Siempre es un día maravilloso cuando mis indignos ojos se posan en la fantástica Baby.

—¡Qué retórica más recargada, querido! Apuesto a que está leyendo algún libro romántico del siglo pasado.

—No, no... Lo que sí le aseguro es que me gustaría que ambos viviéramos en el siglo pasado.

—¿Usted y yo viviendo en el siglo diecinueve? ¿Para qué, Simón?

—Para raptarla.

—Oh, vamos... ¿Qué es lo que le impide raptarme en este maravilloso siglo veinte?

—El FBI.

La divina espía se echó a reír de buena gana.

—¡Es usted el más simpático de todos mis queridos muchachos! ¿Por dónde anda nuestro querido tío Charlie?

—Haciendo lo primero de cada día en el jardín interior: cortando dos docenas de rosas rojas para cierta señorita Montfort, dama en verdad caprichosa, de terribles ojos azules y cuerpo de... de espía.

—¡Voy a verlo! —volvió a reír Brigitte—. Hasta ahora, Simón.

Pasó atrás el mostrador, cruzó el umbral protegido solamente por una cortina, y recorrió el pasillo, hasta el fondo, donde Charles

Pitzer, renombrado floricultor neoyorquino, tenía su gran jardín, en la calle Cuarenta y Dos, Manhattan. A nadie podía extrañarle que la señorita Montfort entrase allí, puesto que era una de las mejores clientes vitalicias del señor Pitzer.

Salió al jardín y vio en seguida al jefe de la CIA en el sector de Nueva York. Estaba, efectivamente, cortando rosas rojas, que escogía cuidadosamente entre las mejores. Se acercó a él silenciosamente, hasta el punto de que lo sobresaltó cuando, a su espalda, musitó con aquella dulzura inigualable:

—Hermoso día, tío Charlie.

Pitzer respingó, alzó la cabeza volviéndola al mismo tiempo, y en seguida lanzó un gruñido, desviando los ojos hacia el cielo de un azul intenso, primaveral.

—Sí... Parece que tendremos un hermoso día, señorita Montfort.

—Estamos en primavera. Y dentro de poco será verano... Ah, el verano... Es la única época del año en que soporto con resignación esta horrible ciudad.

—Váyase a vivir a otra.

—Lo haré cualquier día. ¿Son mis rosas?

—Sí... ¿Qué hora es?

—Exactamente las... —Brigitte miró su relojito— nueve y treinta y dos minutos.

—Bueno, todavía no he tenido tiempo de enviárselas. Y sería interesante para usted recordar que no soy solamente su servicial florista, sino su jefe. O sea, que debería ser menos exigente.

—Pero, querido tío Charlie, ¡si no tengo ninguna queja de usted... como florista! Es puntual, amable y considerado. En cambio, como jefe, es usted un asco, con perdón.

Pitzer cortó la última rosa que completaría las dos docenas, y se quedó mirando hoscamente a la divina.

—Está bien... ¿Qué demonios pretende al venir aquí?

—Cinco millones.

—¿Cinco... qué? —exclamó Pitzer.

—Cinco millones. Y no de rosas, sino de dólares «made in USA».

—Es una broma, claro. Una de sus poco graciosas bromas.

—Una broma divertida —sonrió la espía; entornó los ojos maliciosamente, de pronto—. Sí. Esto va a ser una divertidísima broma, tío Charlie. ¿Podemos disponer de esa cantidad en Berna,

hoy mismo, por medio de una orden de pago a nuestros servicios allí, en Suiza?

—Me da la impresión de que está hablando en serio.

—En efecto. Mi sonrisa es solamente la máscara hipócrita y cruel de una despiadada espía.

—¿Para qué necesita usted disponer de cinco millones de dólares en Suiza?

—Para comprar un aparato llamado «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Es una... renovación perfeccionada del contador «Geiger». Su inventor, el señor Franz Weheimer, ciudadano suizo, asegura que con su «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» se podrá encontrar todo el uranio del mundo, ya que su capacidad de detección alcanza las cinco mil millas de profundidad.

—¡Está loco!

—Seguramente, un poco. De lo que no cabe duda es que será mucho más fácil localizar el uranio que hasta ahora ha escapado a las investigaciones con los medios actuales. En definitiva, tío Charlie: con el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», los investigadores norteamericanos podrán localizar yacimientos de mineral de uranio que hasta ahora han escapado a sus prospecciones. Espero que se dé cuenta de lo que eso significa: al encontrar más uranio, el precio bajará, y por consiguiente se podrá utilizar con más frecuencia en la construcción de centrales eléctricas, aplicaciones médicas, más confort en la vida general...

—Y en bombas.

—¿En bombas?

—En bombas atómicas, en lo que se suele llamar ingenios nucleares bélicos. Parece que usted sólo ha pensado en el bien que puede proporcionar ese uranio aplicándolo a medios industriales, domésticos y médicos... ¿No ha pensado que también se fabricarán más bombas atómicas?

—¿Más? —sonrió secamente Brigitte—. Bueno, no creo que eso tenga ninguna importancia, tío Charlie.

Pitzer quedó boquiabierto, estupefacto.

—Debo estar durmiendo todavía... Y soñando, claro. ¿Está usted diciéndome que no le importa que se produzcan más bombas atómicas?

—En absoluto. ¿Por qué habría de importarme?

—Un momento, un momento —refunfuñó Pitzer, ya más que mosqueado—. Usted, si la tengo bien catalogada, es una espía muy... especial, querida. Con mucha más frecuencia de la que la CIA quisiera, ha tomado decisiones personales en algunas misiones... Todas esas decisiones personales han llevado siempre un sello humano, bondadoso. Usted misma me ha hecho comprender que no lucha por la CIA ni por nadie determinado, sino por los que no pueden defenderse, por la bondad, por la paz. Se ha jugado la vida muchas veces por esos conceptos tan hermosos, y en el fondo quizá esté de acuerdo con usted. Pero, esté yo o no esté de acuerdo, usted ama ante todo la paz, la bondad, el amor entre todos los humanos... ¿Cierto?

—Muy cierto, tío Charlie —musitó Brigitte.

—¿Y ahora me dice que no le importa que se encuentre más uranio y que con él se fabriquen más bombas atómicas?

—Eso he dicho. Pero todo tiene una explicación facilísima...

—Me gustaría oír esa explicación —masculló Pitzer.

—¿Cuántos proyectiles de cabeza atómica calcula usted que tenemos en Estados Unidos y bases más o menos secretas de lanzamiento?

—No sé... Mil, quizá.

—Pongamos mil. ¿Y Rusia? ¿Cuántos artefactos bélicos atómicos tiene Rusia listos para ser lanzados al espacio en pocos segundos?

—Se va acercando a los mil, según dicen. Y si no nos espabilamos, para el año setenta y uno o setenta y dos, el poderío atómico habrá pasado a Rusia.

—Todos ustedes son unos desdichados —susurró Brigitte—. Usted y los que piensan como usted. En primer lugar, ese poderío nuclear debería haber sido empleado en cosas mejores, de autentica utilidad a la humanidad... Y eso es lo que busco yo al facilitar la búsqueda de minerales de uranio y derivados más o menos aprovechables: servicio para toda la humanidad.

—¿Cree que no se fabricarán bombas con ese uranio? —sonrió sarcásticamente Pitzer.

—Oh, sí... Muchas bombas, lo sé. Pero jamás serían lanzadas al espacio.

—¿De veras? ¿Cómo puede saber eso?

—Querido tío Charlie: si se desencadenase una guerra atómica

mundial, ni siquiera tendríamos tiempo los humanos de disparar dos mil bombas que ya existen. No hacen falta tantas para arrasar el planeta Tierra. Rusia dispararía quinientas, Estados Unidos otras tantas, Francia, Inglaterra, Canadá, China y otros países se volverían locos disparando sus pequeños arsenales... ¿Cree usted que después de lanzar tres mil proyectiles atómicos sobre la Tierra se podría hacer algo más?

—Bueno... No creo que quedase nadie para hacer nada, ciertamente.

—Muy bien. Pues entonces, si esos tres mil proyectiles atómicos para acabar con el mundo entero ya existen... ¿qué más da que fabriquen un millón de bombas atómicas más? No quedaría nadie para lanzarlas. Por tanto, si las naciones quieren dedicar el precioso uranio a fabricación de bombas, que lo haga. Pero, al menos, que tengamos todos tanto uranio que aún nos sobre para inventos y servicios útiles a la humanidad. ¿Que al mismo tiempo se fabrican un millón de bombas atómicas más? Bueno: es como si una persona a la que le faltasen ambas piernas decidiese comprar mil pares de zapatos. ¿Para qué querría los zapatos, si jamás habría de poder usarlos? ¿No sería mejor que invirtiese su dinero en unos cuantos pares de muletas, o en una silla de ruedas, o incluso en unos cuantos pares de piernas artificiales? ¿Para qué podría querer los zapatos si no tenía pies? Pues eso es lo que haría Estados Unidos si dedicase uranio a fabricar más bombas atómicas: ¿para qué querría un millón de bombas atómicas si sólo iba a poder lanzar mil o menos? Es como... como almacenar comida para quinientos años, sabiendo que sólo vamos a vivir setenta u ochenta. ¿Para qué tanta comida?

Charles Pitzer acabó sonriendo de un modo extraño.

—Poco a poco —musitó—, voy aprendiendo a no discutir con usted. Me precio de ser astuto e inteligente, querida niña, pero su agudeza de percepción sobrepasa mis límites. Bien... Usted no se opone a que se fabriquen más bombas atómicas en el mundo, ya que eso no va a empeorar realmente la peligrosa situación mundial. Pero, mientras tanto, le gustaría que se encontrasen miles de toneladas de uranio para que fuese empleado en beneficio de la humanidad... Su plan es perfecto. Y ahora dígame: ¿realmente cree en ese... «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»?

—Sí. Por lo menos, creo que debemos intentarlo.

—Entiendo. ¿Ese suizo, Franz Weheimer, pide cinco millones de dólares por su invento?

—Así es. Pagaderos a su cuenta-clave en un Banco de Berna. Al entregarle nosotros el recibo, el resguardo de ese depósito a su nombre, nos entregará los planos y el prototipo del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

—Entiendo que ese hombre está aquí, en Estados Unidos.

—En Nueva York concretamente.

—¿Él se puso en contacto con usted?

—Más o menos... Fue una cita que alguien arregló.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Un amigo de Europa.

—¿Amigo... de quién?

—Mío, naturalmente.

—¿Quién es ese amigo?

Brigitte sonrió y permaneció silenciosa. Pitzer frunció el ceño y acabó por soltar uno de sus gruñidos.

—Está bien —refunfuñó—. Ya imagino que será uno de esos muchachos que le deben la vida, la felicidad, el amor, o algo parecido. O las tres cosas juntas. ¿Me equivoco?

—Usted nunca se equivoca, tío Charlie —sonrió dulcemente la divina espía.

—No me gustan sus ironías... Hablemos del asunto del dinero. ¿Cómo pido yo a la Central nada menos que cinco millones de dólares?

—Por la radio que tiene usted escondida en la floristería, desde luego —rió Brigitte.

—¿Y les cuento las cosas tal como usted me las ha explicado a mí, sin omitir nada, sin añadir nada?

—No hay por qué omitir o añadir nada, querido. Usted les expone el asunto, y ellos sólo tienen que decir sí o no.

—No aceptarán.

Brigitte hizo una muequecita de niña divertida, maravillada, contemplando una rosa todavía en la planta. Quitó suavemente las tijeras de manos de Pitzer, cortó la rosa, la olió cerrando los ojos, y luego se las arregló para prenderla en su vestido.

—Le llamaré dentro de un par de horas, para conocer la

respuesta de la Central, tío Charlie.

—Ya le he dicho que no aceptarán.

—En ese caso, dígalos usted que mi saldo en el Banco de América rebasa la cifra de siete millones y medio de dólares. Hasta luego, querido jefe.

—¡Espere! —aulló Pitzer—. ¿Ha querido decir que afrontaría usted particularmente la compra de ese «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»?

—Su claridad de comprensión siempre me deja maravillada, tío Charlie. Hasta luego. Ah... Tenga este papelito, donde está anotada la cuenta-clave de Franz Weheimer en cierto Banco de Berna. Si la Central acepta, transmítales estos datos, a fin de que inmediatamente un agente de allá ingrese a favor de Weheimer los cinco millones. El resguardo deberá venir aquí en vuelo directo especial antes de las seis de la tarde de mañana. *Ciao, amore*.

Abandonó el jardín. Cuando apareció en la floristería propiamente dicha, Simón estaba contemplando con expresión crítica el ramo que había preparado. Al oírla, se quitó el cigarrillo de los labios y miró amablemente, cariñosamente, a la agente Baby.

—¿Cómo le ha ido con el jefe? —preguntó.

—Lo sabré dentro de un par de horas. Oh, Simón, qué precioso ramo de flores... Es usted todo un artista, realmente. Lástima que además sea un peligroso espía.

—Sólo cuando es necesario —rió Simón—. ¿De veras le gusta el ramo de flores?

—Es precioso... ¡Me encanta!

Simón se lo entregó, inclinándose cómicamente.

—Con la admiración de todos los chicos de la CIA.

—¡Oh! ¡Oh, es usted un encanto...!

Tomó el ramo de flores, lo olió, se quedó mirando a Simón, y de pronto lo besó suavemente en los labios.

—Si no fuese por usted y otros como usted, ya hace tiempo que habría enviado a la CIA a... al demonio. Hasta pronto, Simón.

—Hasta, hasta siempre... ¡Vuelva mañana!

Brigitte salió riendo de la floristería. Poco después entraba en su «Mustang» rojo, deportivo. Dejó el ramo de flores a un lado y abrió su bolsito. Sacó un aparato metálico, rectangular, con dos pequeñas esferas de cristal con indicaciones de los cuatro puntos cardinales e

intermedios una de ellas, y con una sola aguja la otra. Apretó un botoncito, y la primera aguja señaló inmediatamente el Norte. La otra, con un levísimo sonido, se desplazó hacia el Este...

—Vaya... Al parecer era cierto que el señor Prokov estaba muy asustado: ha cambiado de domicilio...

Alex Prokov, jefe de aquel grupo de la MVD soviética que estaba actuando en Nueva York con vistas a conseguir el «Ultrageiton-68», se quedó mirando vivamente, alarmado, la puerta de la cabaña del motel, en la cual había sonado la llamada.

Se acercó, metiendo la mano derecha bajo la chaqueta, hacia el sobaco izquierdo.

—¿Quién es?

—Servicio, señor.

Reconoció claramente la voz del joven botones, y abrió, retirando la mano del sobaco. El muchacho le sonrió simpáticamente y le tendió un pequeño paquete envuelto en papel blanco, y, encima, celofán, sujeto con una cinta que a la vez sujetaba una flor. Prokov tomó el paquete, no poco sorprendido.

—¿Qué es esto?

—Una mujer me ordenó que se lo entregase, señor.

—¿Qué mujer? ¿Quién era?

—No dijo su nombre. Dijo solamente que le entregase el paquete al señor propietario del coche matrícula «Empire State setenta y ocho-veintinueve»... ¿No es ése su coche, señor Lowell?

—Eee... Sí. Sí, desde luego. Bien, gracias...

Le dio una moneda, y el muchacho inició la retirada, musitando un:

—Gracias, señor.

—Espera... ¿Cómo era esa mujer? ¿Joven y rubia?

—Sí, señor.

—¿Mal vestida, de aspecto... raro?

—¡Oh, no, señor! Era muy bonita, muy elegante...

—¿Ojos oscuros?

—Pues no sé, señor... Llevaba lentes oscuros.

—¿Era...? Bueno, déjalo... Todo está bien.

El botones se fue, Prokov cerró la puerta y se quedó mirando el paquetito. Lo movió, cerca de su oreja, pero no oyó nada. La idea de recibir una bomba a domicilio no le hizo ninguna gracia, pero

tampoco podía esperar nada mejor de la rubia que la noche anterior se había burlado tranquilamente de Igor y Zarev.

Fruncido el ceño, optó por abrir el paquete... Y se quedó atónito mirando la pequeña radio de bolsillo, de fabricación norteamericana. Todavía vaciló unos segundos antes de apretar el botón de llamada. Supo que alguien atendía esa llamada, y musitó:

—¿Quién es? —susurró.

—Podemos hablar en ruso, señor Prokov —dijo una voz de mujer, en este idioma—. Seguramente nos entenderemos mejor.

—¿Quién es usted?

—Puede llamarme Ana Brown. Usted ya sabe algo sobre mí, señor Prokov: soy la chica que anoche engañó a sus camaradas Igor y Zarev, y no sólo eso, sino que luego fui yo quien los siguió a ellos hasta cierta casa de New Jersey, en cuya ventana del *living* clavé un dardo con un micrófono, de modo que pude escuchar casi toda su conversación respecto al «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», Rossana Vergano, Franz Weheimer... Por si duda esto, señor Prokov, puedo ofrecerle ahora mismo la audición de la grabación que obtuve de su conversación.

—Hágalo —se crispó el ruso.

—¿Me permite unos segundos?

Hubo apenas cinco segundos de silencio; luego se oyó claramente la voz de Zarev:

«—... aceptar los hechos. La chica nos engañó, y ya nada puede hacerse, Prokov. Igor y yo hicimos las cosas bien, pero según parece aquella mujer las hizo mejor. Por supuesto, es de la CIA...».

—¿Quiere que prosiga, señor Prokov, o detengo el magnetófono?

—Está bien así —murmuró roncamente el espía soviético—. ¿Qué quiere usted exactamente? ¿Quién es en realidad?

—Una espía. Pero no de la CIA, desde luego.

—¿Para quién trabaja?

—Para mí misma. Es decir, para mi grupo. Usted me entenderá si le digo que mi grupo y yo, señor Prokov, trabajamos para quien mejor nos paga.

—¿Son espías particulares?

—Exactamente. Quiero que las cosas estén bien claras desde el principio, de modo que voy a exponerle brevemente la situación. En primer lugar, sepa que sus otros dos compañeros, Nuref y Vasarian,

están en un hospital, debido al accidente de automóvil que sufrieron cuando seguían a *frau* Weheimer. Nada grave, desde luego, y saldrán con bien de esto si sus documentaciones norteamericanas falsas están bien hechas... Respecto a Zarev e Igor, los tengo yo, prisioneros, sin posibilidad de escapatoria. Asimismo, tengo los planos del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», que anoche me permití quitarle a Rossana Vergano. ¿Me cree usted?

—Todavía no sé... ¿Cómo me ha localizado en este motel de las afueras de la ciudad?

—Anoche, después de oír y grabar su conversación con Igor y Zarev, me permití poner en su coche un emisor de señales, ya que sabía que usted estaba alarmado y podía levantar el vuelo. Esta mañana, nada ha sido más fácil que poner en funcionamiento el receptor de señales, seguir la dirección que marcaba la flecha, y...

—Entiendo... Entiendo. ¿Qué es lo que quiere?

—Cinco millones de dólares.

—¿Qué...?

—Cinco millones de dólares americanos, señor Prokov. A cambio de ellos, le devolveré a Zarev e Igor sanos y salvos, y le entregaré un microfilm conteniendo los planos del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Asimismo, le prometo enterarme del hospital o clínica donde estén Vasarian y Nuref, y comunicárselo a usted, a fin de que pueda... retirarlos. No quiero enemistades con la MVD, pero los negocios son los negocios. Pero creo que queda mejor dicho al revés: los negocios son los negocios, pero no quiero enemistades con la MVD.

—¿Quién es usted realmente?

—Oh, vamos, señor Prokov, no sea estúpido. Bien, ¿qué me dice de esos cinco millones de dólares?

—Tendré que consultarlo.

—Hágalo. Lo llamaré dentro de un par de horas. Ah, otra cosa, señor Prokov: si está pensando en intentar conseguir gratis el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», ya sea por medio de Rossana Vergano u otro medio cualquiera, olvídalo. No me gusta amenazar, pero en cuanto usted dé un paso en este sentido, la CIA recibirá una notificación acerca de usted, y sus cuatro compañeros, dos de los cuales, no lo olvide, están en mi poder... Y tenga presente que a partir de este momento usted está vigilado de un modo estrecho y

directo. Será buena idea que usted recapacite sobre esto, créame. El asunto no es para tomarlo a broma.

—Comprendo, sí... Bueno, cinco millones de dólares es mucho dinero...

—Es posible que los norteamericanos no opinen así, señor Prokov.

—¿Les vendería a ellos el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»?

—A ellos o a quien sea. Yo quiero cinco millones de dólares por esos planos. Si me los da la MVD, encantada. Si decide no pagarlos, buscaré otro comprador, es evidente.

—¿Por qué los ofrece primero a nosotros, a los rusos?

—Quizá porque soy rusa. Lo llamaré dentro de dos horas. Si entonces está de acuerdo, concretaremos el modo de la entrega y el lugar y la hora exactos. Ni que decir tiene, Prokov, que el simple intento de jugar sucio sería desastroso para usted. Piense bien en todo esto. Hasta luego, tengo más cosas que hacer.

—Hola, Frankie. ¿Todo bien?

—Desde luego. Los dos rusos despertaron, claro. Se me ocurrió que debía llevarles algo de comer y beber, pero preferí esperar tus instrucciones. ¿Has dormido bien?

—Bien, pero sólo tres horas. Tuve que ir al aeropuerto de madrugada... Ven conmigo. ¿Tienes ya los microfilms, supongo?

—Claro.

Entraban poco después en el cuarto privado donde. Brigitte Montfort había creado un refugio y escondite secreto para cuando se convirtiese en la agente Baby. Minello le tendió cinco diminutas tiras de microfilm, que Brigitte se apresuró a pasar, una por una, por la ranura de un visor especial. Después de pasar la última, asintió con la cabeza. Colocó los cinco microfilms en sendas capsulitas de plástico opaco y se las entregó a Minello.

—Guárdalas bien. Valen mucho dinero, Frankie.

—Cinco millones.

—No, no... Algo más —sonrió la divina—. ¿Por qué no te afeitas, querido?

—Porque no sé hacerlo con las manos solamente.

—Oh... Bueno, procuraré traerte una maquinilla. No te garantizo que pueda, desde luego. Pero sí te he traído algo de comer y beber. En tu barba no pensé.

—Me conformo con la comida. ¿Qué hay de esos tipos?

—Les daremos de comer, por supuesto. No quiero tratarlos mal. A fin de cuentas, están haciendo su trabajo, igual que yo. Y mientras no me demuestren que merecen morir, seguirán vivos. Te diré cómo harás las cosas, utilizando estas ampollitas de gas. Primero los duermes, luego entras, los sueltas y les dejas la comida; cuando hayan terminado, los vuelves a dormir, entras y los vuelves a atar. ¿Lo entiendes?

—Se pasarán los días durmiendo.

—Así no se aburrirán —sonrió Brigitte, mirando su relojito—. Vamos a ver... Llevé esta madrugada las cartas, directamente al avión que las llevaría a Londres, y al de París... Esta noche estarán cada una en su ciudad respectiva, de modo que mañana a media mañana podemos calcular que *monsieur* Nez y John las tendrán... Pongamos las diez de la mañana. Eso quiere decir que tendré una pronta respuesta telegráfica, y que hacia las... seis o las siete de la tarde, un agente del Deuxième Bureau y otro del MI5 estén ya en Nueva York... Pongamos las siete de la tarde. Bien... Todo va encajando.

—Pues es posible que sí —gruñó Minello—. Pero yo sigo sin entender nada.

—¿Te gustaría tener barba, Frankie?

—Ya tengo, ¿no? —Gruñó el periodista deportivo.

—No, no —rió Brigitte—. Una más grande y unos hermosos bigotes... Espera un momento.

Abrió el escondite secreto de la pared, hurgó en una caja y sacó una barba postiza con un tremendo bigote incluido. Hizo sentar a Minello, y durante unos minutos estuvo colocándole aquel peludo disfraz.

—Estás muy guapo, Frankie.

—Bueno, si te gusto con barba...

—Es una barba falsa. Si quieres gustarme, tendrás que dejarte la tuya.

—¡Empecé ayer! ¡De manera que...!

Brigitte sonrió, mirando de nuevo su relojito.

—Tengo que llamar a tío Charlie —musitó—. Y luego aún me quedan diversas cosas por hacer. De manera que me voy, Frankie. Ten mucho cuidado.

—Aprecio la vida. ¿Qué dijo Grogan?

—¿Quién?

—Miky Grogan, nuestro jefe del «Mor...». ¡No me digas que no le has avisado de que...!

—Santo cielo, lo he olvidado completamente...

—¡Me matará! —exclamó Minello—. ¡Ese ogro me matará y me comerá como si fuese un pavo...!

—Espero que me invite al banquete —rió la divina—. Llamaré a Miky desde mi apartamento, tranquilízate. Y si cuando te vea intentase hacerte daño, llámame y acudiré en tu ayuda.

Frank Minello se echó a reír.

—¿Qué hago con esta barba y los bigotes?

—Quítatelos y pónelos varias veces. Para mañana a la noche tienes que ser un auténtico experto en manejar esa barba como un disfraz.

—Hurra... Ya tengo en qué entretenerme.

Brigitte volvió a reír. Se besó la punta de un dedito, lo puso en los labios de Minello y luego movió la manita, alegremente.

—*Au revoir, mon amour.*

La conversación telefónica más violenta fue con Miky Grogan, el cual gritaba tanto que parecía estar allí mismo, en el *living* del superlujoso apartamento de la espía internacional. Brigitte tuvo que colgar el teléfono, poco menos que sorda debido a los gritos.

Charles Pitzer, por medio de la radio directa del dormitorio, le comunicó que la CIA había aceptado, y que la orden había sido cursada ya a los servicios de Berna, donde un agente ingresaría los cinco millones de dólares en la cuenta-clave indicada por Franz Weheimer.

Finalmente, puesta en contacto nuevamente con Alex Prokov por medio de la pequeña radio de bolsillo, Baby entró en conocimiento de que el espía ruso aceptaba el trato: cinco millones de dólares por los planos del «Ultrageiton-68». Después de esto, la divina espía concretó el lugar, día y hora de la entrega.

Y de pronto se encontró con que no tenía nada más que hacer sobre aquel asunto. Decidió almorzar, dormir un par de horas, visitar luego a Miky Grogan para calmarlo, y hasta podría trabajar un poco en el periódico. A fin de cuentas, todo estaba marchando

perfectamente, y disponía de casi treinta horas de vida tranquila y normal... ¡Qué hermosa perspectiva!

Capítulo VI

A las cinco de la tarde del día siguiente, Brigitte Montfort asomó la cabecita por un lado de la puerta del despacho de Miky Grogan, el eternamente malhumorado poseedor de una úlcera de duodeno, que dirigía el diario neoyorquino «Morning News».

—Adiós, Miky.

—Oh, Brigitte, pase... Por favor.

Ella alzó las cejas, sorprendida sin duda por las dos últimas palabras. Entró, se colocó ante la regia mesa de Grogan y se quedó mirándolo con simpática expectación.

Miky Grogan carraspeó, removiendo los papeles.

—Bueno... Sé que ha hecho su trabajo y ha dirigido muy bien el de Minello, Brigitte. No, no... Le aseguro que no voy a insistir en que me diga dónde está Frank, y a qué se dedica. Me imagino algo... Lo cierto es que esta noche hay una importantísima velada de boxeo en el Square Garden, y...

—¿Quiere que vaya allí?

—Bueno... Nuestro periódico no puede dejar de publicar mañana un amplio y bien documentado reportaje sobre esa velada, Brigitte.

—Envíe a otro reportero, ¿no?

—Mire... Frank es un cabezota, pero para estas cosas es único. Creo que tendría que ir él. O usted.

—¿Yo? Pero... Perdone —abrió su bolsito y sacó a radio, admitiendo la llamada—. ¿Sí?

—Soy Peggy, señorita. Efectivamente, llegaron dos telegramas, y como usted me dijo que a las cinco y cinco minutos la llamase para...

—¿Qué dicen los telegramas, Peggy?

—Uno de ellos llega de París... Dice:

«CONTRATO ACEPTADO. STOP. VOY A
ABRAZARTE. STOP. SALUDOS DE RENE».

—Magnífico. ¿Y el otro?

—Llega de Londres... Dice:

«ALLRIGHT. BESOS. JOHN».

—Espléndido, Peggy. ¿Alguna otra novedad?

—Ninguna, señorita. ¿La espero para cenar?

—No... Me temo que no. Seguramente estaré en el New Madison Square Garden esta noche. Adiós. Besitos a «Cicero».

Cerró la radio, la guardó y se quedó mirando de nuevo a Miky Grogan, que musitó, esperanzado:

—¿Irán usted o Frank a esa velada?

—Haremos lo posible, Miky. ¿Se encuentra bien?

—¿Yo? Claro... ¿Por qué?

—Bueno... Me extraña que no esté dando gritos.

—De nada sirven los gritos con usted.

—Asombroso —quedó realmente estupefacta Brigitte—. Siga así, y ya verá cómo se cura su estómago. Adiós, querido.

Se inclinó por encima de la mesa, hasta que Grogan comprendió y acudió a su encuentro velozmente. Riendo, Brigitte esquivó los labios de su jefe periodístico, para besarle en la frente.

—¡En la frente! —aulló Grogan—. ¡Usted va a acabar con mi paciencia cualquier día! ¡Se dedica a tomarme el pelo, y no voy a...!

Miky Grogan se calló, congestionado, porque ya estaba gritando solo... en perjuicio, únicamente, de su úlcera de duodeno.

—¿Qué tal, Frankie?

—Todo muy aburrido. ¿Estás segura de que eres Baby?

—Segurísima. Se acabó el aburrimiento. Vamos abajo. ¿Novedades con los prisioneros?

—Ninguna.

Una vez más entraron en el cuarto especial de la agente Baby, quien, en un instante, volvió a desnudarse delante de Minello, quedando solamente en sujetadores y pantaloncitos.

—La barba, Frank.

—¿La... la qué...? —tartamudeó Minello.

—Que te pongas la barba postiza.

—Ah, sí... La barba... ¿Tenemos prisa?

—Mucha, Frankie. De veras. Por favor: deja las bromas para otro momento.

—*Okay.*

Minello se dedicó a ponerse la barba, mientras Brigitte se convertía en la señorita Ana Brown, con su horrible indumentaria y su feo aspecto de muchacha rubia y ordinaria. Todavía tuvo que ayudar a Minello a ponerse bien la barba, hasta que quedó bien colocada por sus manos tan expertas para el manejo de disfraces.

—Muy bien... Estás hecho un caballero con toda la barba. Toma esa maleta. Tendrás que ir llevándola de un lado a otro.

—Lo que me faltaba... Ahora, maletero especial de Baby. ¿Qué pongo dentro?

—Nada... por ahora. Pero ya se irá llenando. Ahora, atiende bien, Frankie. Este aparato es un receptor localizador de señales — se lo puso en las manos—. Lo has manejado otras veces, pero quiero que me asegures que recuerdas cómo se maneja.

—Te lo aseguro, entonces.

—Perfecto. Entonces, no te será difícil saber en todo momento dónde estoy...

—Con la radio puedo llamarte cuando quiera y...

—Es posible que en determinado momento yo no pueda contestar a tu llamada. Precisamente entonces, si yo no contesto a tu llamada, tú me localizarás por medio del receptor... Y tendrás que hacer bien las cosas, Frankie, porque si no te contesto será que algo va mal.

—Entiendo —musitó seriamente el reportero. Brigitte mostró una diminuta cápsula en la palma de su mano.

—El transmisor. Voy a tragármelo, y en el acto, con el propio calor del estómago, comenzará a emitir señales que el receptor captará. Veamos.

Se tragó la cápsula. Minello puso en marcha el receptor, que tardó unos segundos en responder. Pero cuando respondió, lo hizo con fuerza, nítidamente.

—¿Qué alcance tiene?

—Diez millas. Espero que sean suficientes. Ahora, Frankie, nos vamos los dos al aeropuerto Kennedy, tú en el «Mustang» y yo en el

coche pequeño. Iremos por separado, pero nos veremos en el vestíbulo de los vuelos internacionales europeos. Te enterarás de los vuelos en que llegan dos hombres, uno de París y uno de Londres. El hombre que llega de Londres es, o se hará llamar, John Pearson. El que llega de París, solamente podrás identificarlo en las listas de pasajeros por el nombre: René. Será suficiente. Te acercarás a mí, me dirás el nombre completo de ese pasajero francés y te irás a esperar al otro, al inglés. Estarás en la aduana cuando los pasajeros de ese vuelo de Londres llegue. Y te colocarás un periódico doblado bajo el brazo izquierdo. El hombre llamado John Pearson se te acercará y te dirá si le vendes el periódico... Le dices que sí... por cinco millones de dólares...

—¡Por cinco mili...!

—Sigue escuchando. Después de dicho esto, el hombre dirá que has de ir con él, y así lo harás, te lleve adonde te lleve, hasta reuniros con otro, que te entregará los cinco millones de dólares. Entregas uno de los microfilms al hombre que ha llegado de Londres. Luego te separas de ellos, regresas al aeropuerto, coges el «Mustang» y vuelves aquí. Me esperas. ¿Lo has entendido bien?

—Seguro que sí. ¿Y tú? ¿Qué harás tú, Brigitte?

—Cobrar mi dinero. Luego vendré a reunirme aquí contigo. Y no te preocupes: en esta parte del plan no hay peligro... A menos que John Pearson y *monsieur* Nez hayan decidido traicionarme, cosa que dudo sinceramente. Ahora, vamos a tirarles a nuestros invitados rusos otra capsulita de gas, y... ¡directos al Kennedy Airport!

El barbudo individuo se acercó a la estrafalaria muchacha rubia que parecía no saber qué hacer en el aeropuerto. Se plantó ante ella, sonriendo como un tonto que dice algo que considera gracioso.

—Cierto: el inglés se llama John Pearson; vuelo setecientos nueve, procedente de Londres. Llegará dentro de veinte minutos. El francés se llama René Fauvert, vuelo ciento veinticuatro, procedente de París. Llegará dentro de treinta minutos.

—Gracias, Frankie. Ocúpate del inglés. Y ya sabes: te espero en mi cubil.

—*Okay.*

El barbudo se alejó con el aspecto de quien, pretendiendo ser gracioso, ha recibido un chasco abrumador por parte de la

estrafalaria muchacha rubia. Esta miró su relojito. Luego se fue hacia el mostrador de uno de los bares del aeropuerto, se sentó en un taburete, sonrió como una tonta, y pidió:

—Tónica, por favor. Con hielo.

Veinticinco minutos más tarde, la rubia de los feos lentes y ropas horribles estaba esperando en uno de los mostradores aduanales. Y diez minutos más tarde, ya llegados los pasajeros del vuelo ciento veinticuatro procedente de París, uno de ellos, sonriente, atractivo, en verdad simpático su aspecto, se acercó a la rubia que fumaba en una boquilla.

—¿Señorita Brown?

—Se confunde, señor.

—No creo. Pero todo es posible en esta vida.

—Insisto en que se confunde.

—Mi «nariz» nunca falla. Usted huele a Baby.

—Oh... —rió ella—. Parece una de esas tontas frases que suelen emplear los espías, ¿no es cierto?

—En efecto. Es como si alguien llamado *monsieur* Nez, o sea, señor Nariz, me hubiese dicho que encontraría aquí a una chica fumando en boquilla, y cuyo nombre es Baby.

—De acuerdo, René —sonrió Ana Brown—. ¿Vamos?

El francés se apartó galantemente, señalando hacia delante. Se colocó junto a Baby, y así, como una extraña pareja, salieron de las instalaciones del aeropuerto... Un hombre se acercó a ellos y dijo algo en francés. René Fauvert señaló a la rubia. Luego, los tres se dirigieron a un auto estacionado en el grandioso *parking*. Entraron, y René Fauvert tendió una mano a la espía.

—¿Por favor?

Baby le tendió el microfilm, contenido en la capsulita de plástico, que parecía hermética..., al menos, para un observador normal. Pero René Fauvert la abrió fácilmente, sacó el microfilm y tomó el visor que le tendía el hombre que les había salido al encuentro. Durante cinco minutos, estuvo examinando el microfilm, para, finalmente, asentir con la cabeza.

—*Monsieur* Nez ya me advirtió que usted jugaría limpio —musitó—. Perdón, pero... Supongo que éste no es su verdadero aspecto, Baby.

—Desde luego.

—Me tranquiliza —sonrió Fauvert. Miró a su compañero—. Dale el dinero.

El otro sacó una abultada cartera de piel, que tendió a Brigitte. Esta abrió la cartera y miró brevemente los fajos de billetes norteamericanos. La cerró de nuevo, y tendió su manita a ambos hombres.

—Ha sido un placer. «*Bon voyage, monsieur* Fauvert».

René inclinó cortésmente la cabeza.

—«*Merci, mademoiselle* Baby».

Brigitte salió del coche, con la cartera. Esperó a que el vehículo se alejase. Luego fue hacia el feo y viejo modelo pequeño que utilizaba cuando era «la señorita Brown», abrió la portezuela, tiró dentro la cartera con cinco millones de dólares, tan indiferente como si fuese un paquete de ropa sucia, y regresó a las salas de espera...

Tres cuartos de hora más tarde, alguien podía haberse extrañado al observar la predilección que aquella muchacha rubia y estrafalaria parecía sentir por los pasajeros que llegaban de Europa. Se acercó a uno de ellos, alto, rubio y pecoso, con cara de niño y hombros de cíclope, que parecía muy contento por regresar a Nueva York, mirando a todos lados como encantado de la vida... El hombre se quedó mirándola con curiosidad cuando la rubia Ana Brown musitó, junto a él:

—¿Simón?

—Hola, Baby. Buen disfraz.

—¿Trae el resguardo?

—Desde luego.

—Entréguemelo, por favor. Y de aquí, vaya directamente a ver a tío Charlie. Dígale que todo va bien, y que espero tener esta misma noche los planos y el prototipo del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

—Perfecto —musitó el hombre.

Entregó a la rubia una revista. Luego sonrió, y continuó su camino...

Brigitte fue pasando las hojas de la revista delante de Frank Minello, hasta encontrar el resguardo por cinco millones de dólares, depositados en un Banco de Berna.

—Bien... Franz Weheimer estará contento, supongo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Los prisioneros aún deben estar durmiendo... Mételos en el coche pequeño. El dinero lo dejaremos aquí, de momento, en el doble fondo. Ya sabes cómo se abre, ¿no?

—Claro.

—Bien... Ve a cargar a los dos rusos en el cochecito, y espérame allí. ¿Recuerdas bien todo lo que tienes que hacer y decir en esta última entrevista, Frankie?

—Demonios, parece que me creas tonto...

—No te disgustes. Es que un fallo podría costarte la vida. Si los rusos están convencidos de que eres un espía particular, espero que todo saldrá bien. Pero si sospechan que estás trabajando para la CIA nada menos que junto a Baby...

—Lo haré bien.

—Entonces, lleva a Igor y Zarev al coche. Yo voy en seguida... Quiero revisar un poco mi maletín.

Minello salió del cuarto, y Brigitte lo hizo diez minutos después. Cuando entró en el negro y vetusto cochecito, el periodista deportivo ya estaba al volante. Detrás, dormidos por efectos del gas, Zarev e Igor, los dos agentes de la MVD.

—Me he equivocado, Frankie.

—¿En qué?

—Tendrás que trasladar a estos hombres al «Opel». Y los llevarás en ese coche al lugar de la cita. Yo te seguiré con este cacharro y estaré vigilante por si los rusos intentasen algo.

Frank Minello empezó a refunfuñar. Se llevó al primer ruso al «Opel», teniendo que recorrer todo el pasillo subterráneo cargado con el hombre. Cuando volvió a por el otro, todavía estaba mascullando sus protestas, pero, en definitiva, se estaba haciendo lo que tenía que hacer..., y él sabía que Brigitte tenía razón.

Se cargó a Zarev en un hombro, dispuesto a recorrer nuevamente el pasillo, subir el tramo de escalones de madera, recorrer todo el almacén hasta el gran «Opel» que había sido «raptado» al igual que los dos rusos.

Ya con Zarev sobre un hombro, preguntó:

—¿Dónde es la cita?

—No te lo vas a creer, Frankie.

—Yo me lo creo todo, trabajando contigo. ¿Dónde?

—Delante de la Catedral de San Patricio.

—¡Zambomba!

—Eso digo yo. ¿Recuerdas bien todo lo que has de decir?

—Si, si...

—Sobre todo, la barba, Frankie. Es más que probable que, sin que tú te des cuenta, obtengan varias fotos tuyas. Esa barba puede ser tu seguro de vida para muchos años.

—Ya entiendo... Iré allá. ¿Estarás cerca de mí?

—Muy cerca —sonrió Brigitte—. Tan cerca, que si el amigo Prokov intenta algo... desagradable, él será quien más pierda. Pero como tengo la impresión de que no es tonto del todo y debe sospechar algo por el estilo, jugará limpio, te dará el dinero y se llevará el microfilm y sus amigos. Te separas de ellos, caminando hacia Battery, y yo te recogeré en el coche pequeño cuando crea que es el momento oportuno. Ahora, lleva a este tipo al «Opel» y dame cinco minutos de ventaja.

—De acuerdo.

Frank Minello detuvo el «Opel» frente a la gigantesca Catedral de San Patricio. Sabía que no podía hacer tal cosa allí, pero confiaba en que los rusos actuarían con la debida rapidez.

En efecto. Apenas había detenido el coche cuando las dos portezuelas de atrás se abrieron, y dos hombres entraron en el vehículo. El periodista deportivo se volvió, aparentando una fría serenidad que estaba lejos de sentir.

—Si buscan un taxi, se han equivocado —dijo.

—Yo soy Prokov —dijo secamente uno de los hombres, mientras el otro examinaba rápidamente a Zarev e Igor—. ¿Tiene el microfilm?

—Lo tendré cuando usted me entregue los cinco millones.

Prokov le tendió un paquete hecho con hojas de periódico. Frank Minello lo rompió por dos ángulos, encendió la luz interior del coche y pudo ver perfectamente los fajos de billetes. Cuando miró al que debía llamarse Prokov, vio la pistola, apuntando directamente a su cabeza.

—¿Qué le ocurre? —musitó Minello—. ¿Prefiere el juego sucio?

—El microfilm —dijo secamente Prokov.

Minello le entregó la capsulita de plástico. Por un par de segundos, Prokov la tuvo en su mano, mirándola con la misma

rapidez que al barbudo periodista. Había otro hombre más afuera, parado tan cerca de la ventanilla del conductor, que Minello comprendió que iban a volarle la cabeza de varios balazos si algo no les gustaba. Pero Prokov sacó su propio visor, conseguido para el caso, y dedicó escasos segundos a examinar el microfilm.

—Parece que todo está en orden —musitó.

—¿Esperaba otra cosa? —Gruñó Minello.

—No sé... Ustedes, los profesionales particulares, no me inspiran confianza. De todos modos, es posible que sea mejor tratar con ustedes que con otra clase de espías, ya que ustedes sólo buscan dinero. ¿Le están protegiendo desde cerca?

—¿Usted qué cree? —sonrió Minello.

Prokov refunfuñó algo, en ruso, que Frank Minello no pudo entender. El hombre que estaba en el asiento de atrás dijo algo que lo tranquilizó, seguramente refiriéndose a que Igor y Zarev estaban solamente dormidos por efectos del gas.

—Salga del coche —dijo Prokov.

—¿No le interesa saber dónde están Vasarian y Nuref?

—Ya lo he averiguado por mí mismo. Salga del coche y márchese. Y dígame a la señorita Ana Brown que tenga mucho cuidado la próxima vez que se enfrente a la MVD Los espías particulares, insisto, no son de mi agrado. Fuera.

Minello salió del «Opel». Entonces, entró el hombre que esperaba afuera, y que se hizo cargo inmediatamente del volante. Minello asomó la cabeza por la ventanilla, diciendo:

—Tengo un recado para ustedes, de parte de Ana Brown.

—¿Qué recado?

—Regresen a Rusia antes de seis horas. Si se quedan más de ese tiempo en territorio norteamericano, ya no saldrán jamás de él. Buenas noches, bolcheviques.

Se apartó del coche y se alejó, volviéndose a menudo, con cierto disimulo, para observar si le seguían. Pero, evidentemente, los rusos no tenían intención de complicarse la vida, por el momento.

A la altura de la calle Cuarenta, el negro y asmático coche de tiempos pasados apareció junto a él, rozando el bordillo.

—¡Frankie!

Minello se metió dentro del cochecito rápidamente, y suspiró cuando éste se alejó a buena marcha por entre el espeso, casi

enloquecedor tráfico de Manhattan.

—¿Tienes el dinero? —preguntó Brigitte.

—Sí. Ni yo mismo me lo creo, pero lo tengo.

—Todo ha salido bien. Ahora, te dejaré en el cruce triple de Broadway, Veintitrés y la Quinta Avenida; tomarás un taxi, y regresarás a mi escondrijo, donde dejarás esos cinco millones de dólares junto a los otros diez.

—¿Y luego?

—Bueno... Luego, a menos que surjan dificultades inesperadas, tu colaboración habrá terminado. Tenemos quince millones de dólares, los rusos se irán pronto de Nueva York, el agente del MI5 y el del Deuxième Bureau también se irán... Todo va muy bien, Frankie. Sólo falta ir a ver a los Weheimer, entregarles un resguardo de cinco millones de dólares, y conseguir el prototipo de «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», para entregarlo a la CIA.

—No te entiendo —se irritó Minello—. ¡Te juro que no te entiendo, Brigitte!

—¿Por qué habías de entenderme? Ya te digo que tu trabajo está terminando. Llevarás estos últimos cinco millones a mi escondrijo, y ya está.

—¿No sería mejor que estuviese vigilando el receptor de señales de ese cacharro que llevas en el estómago?

—Oh, sí... Voy a ver ahora a los Weheimer, y... En realidad, Frankie, si dentro de dos horas no te he llamado o contestado a tu llamada, quizá sería conveniente que recurrieses al receptor de señales Ahora, apéate. Yo voy a ver a los Weheimer.

Capítulo VII

Franz Weheimer estaba en verdad atónito, poco menos que maravillado. Todavía abierta la boca por el asombro, daba vueltas y más vueltas al resguardo que garantizaba el depósito de cinco millones de dólares en su cuenta-clave de un Banco de Berna, Suiza.

—Es increíble...

—¿No está de acuerdo con el resguardo, *herr* Weheimer? — musitó Ana Brown.

—Oh, sí... Sí, ciertamente. Estoy seguro de que es absolutamente legal. Sí, estoy conforme... Es que, para ser sincero, *fraülein* Brown, no confiaba en que las cosas me salieran tan bien.

—Pues ya ve —sonrió Baby—. Todo ha salido perfectamente. Y ahora, *herr* Weheimer, le ruego que me entregue los planos de su formidable «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Bien entendido que, a continuación, y a la mayor brevedad posible, me entregará el prototipo de su invento.

—Desde luego... ¡Naturalmente que sí, *fraülein* Brown!

—No perdamos más tiempo.

Franz Weheimer se dirigió al cuadro tras el cual estaba la caja fuerte empotrada. Separó el cuadro, abrió la caja de caudales y sacó los planos, que tendió a la espía internacional. Esta los tomó, sonriendo, mirando malignamente, de reojo, a Rossana Vergano, cuya palidez era sobrecogedora. La divina guardó los planos en su maletín, miró a Franz Weheimer, luego a su esposa, a Helmut Kaps, y finalmente a Rossana Vergano, siempre con aquella ironía maligna.

—Parece usted sorprendida, señorita Vergano.

—¿Yo? —jadeó la italo-suiza—. No... No, no... ¿Por qué habría de estar sorprendida?

—Quizá porque no creía que los planos estuviesen en la caja

fuerte.

—¿Qué... qué dice...? ¿No comprendo?

—Sí comprende. Usted robó anteanoche estos planos, para entregarlos a sus amigos Zarev e Igor, los cuales, como usted misma y como Vasarian y Nuref, trabajan, a las órdenes de Prokov, para la MVD soviética... ¿O no?

—¿Está... loca? —Apenas pudo alentar Rossana—. ¡Usted no sabe lo que dice, señorita Brown!

La «señorita Brown», que parecía dispuesta a colocar un cigarrillo en una bonita boquilla de marfil y brillantes, se detuvo, para quedarse mirando fijamente a la exuberante Rossana Vergano.

—Evidentemente, Rossana, usted quiere hacer creer a los presentes que yo soy una loca y una imbécil. Sin embargo, las dos sabemos que nada de esto es cierto. Por supuesto, yo comprendo su actitud, su... postura. Desaparecidos los planos que usted había robado hace dos noches y creyendo que alguien ajeno a la MVD para la cual usted trabaja se los había llevado, decidió quedarse en esta casa, esperando la ocasión de conseguir, al menos, el prototipo del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», o sea, el único aparato de esa especie fabricado por *herr* Weheimer. Y como éste no protestó por la ausencia de los planos, usted fue resistiendo su postura en esta casa, esperando el momento de apoderarse del prototipo. Ahora, sería bueno que usted supiese que Prokov y sus amigos están apresurándose a salir de Estados Unidos, dejándola a su propia suerte. Una suerte muy poco... envidiable, en mi opinión.

—Está loca. ¡Está loca! —aulló Rossana.

—Insisto en que no —sonrió fríamente la divina—. En estos momentos se halla usted sola, sin ayuda, sin apoyo. Los espías rusos han despejado el campo. Ya no hay nadie que pueda intentar apoderarse del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Solamente usted. ¿Cree que tiene alguna probabilidad?

Rossana Vergano parecía dispuesta a decir algo, pero Frank Weheimer se le adelantó, descompuesto el rostro, crispado.

—¿Qué está usted diciendo, *fraülein* Brown? —susurró.

—¿No lo han entendido?

—Sí... Sí, claro, pero... nos resistimos a creerlo...

—No se resistan. La señorita Verg... ¡Cuidado!

Se volvieron todos sobresaltados hacia Rossana Vergano, en

cuya mano derecha había aparecido una pequeña pistola. Pero, al mismo tiempo que lanzaba el aviso, Brigitte se dejaba caer de rodillas, y soplabá fuertemente en la boquilla que tenía entre los dientes... Rossana Vergano ni siquiera tuvo tiempo de disparar. Lanzó un grito cuando notó el fuerte picotazo en la garganta, y se llevó la mano allí, como quien intenta espantar o matar un inoportuno mosquito... Al segundo siguiente, caía de rodillas, y, en el acto, de bruces.

Los Weheimer estaban tan pálidos que parecían cadáveres. Helmut Kaps, el ayudante de Weheimer, estaba igualmente pálido, pero parecía más firme, mucho menos impresionado.

—¿Qué le ha hecho? —murmuró—. ¿Qué ha hecho con Rossana?

—¿Yo? —se sorprendió la divina—. Absolutamente nada, *herr* Kaps. Parece que la señorita Vergano, debido a la emoción, ha sufrido un pequeño desmayo. Se le pasará en seguida, espero.

Kaps se inclinó junto a su prometida, le tomó una mano y estuvo unos segundos escuchando el latir de su pulso.

—Está viva...

—Ya se lo he dicho. Seguramente, se ha desmayado de miedo, o de emoción... Cosas así suelen suceder, *herr* Kaps.

—Tiene una diminuta mancha de sangre en la garganta... Como un agujerito producido por un alfiler...

—Oh, debe ser cualquier pequeño derrame sin importancia... Yo creo que lo mejor que podemos hacer es ir a buscar el prototipo. Les aseguro que cuanto he dicho de la señorita Vergano es cierto, de modo que convendría no perderla de vista. Ustedes tienen un coche grande en el garaje, *herr* Weheimer. Podemos ir todos en él a buscar el prototipo del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Y al decir todos, me refiero a «todos». La señorita Vergano vendrá con nosotros. Y una vez tenga yo el prototipo de ese aparato, ya decidirán ustedes lo que deben hacer con ella, con una traidora a sus intereses.

—A usted sólo le importa el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» —musitó Frida Weheimer.

—En efecto, *frau* Weheimer. Y, en mi opinión, a ustedes sólo deberían importarles esos cinco millones que acabo de entregar, en forma de resguardo, a su esposo.

—Ella tiene razón —dijo Franz Weheimer—. Iremos todos en el coche a buscar el prototipo. Luego, la señorita Brown se irá, y nosotros decidiremos lo que conviene hacer con Rossana... ¿De acuerdo, Helmut?

—Sí —musitó su ayudante—. Sí, Franz, claro...

—Lleve usted mismo a su novia al coche —dijo Brigitte—. Lo que interesa es que no se quede sola, porque podría avisar a los rusos. Bien, *herr* Weheimer, ¿dónde tenemos que ir a buscar ese prototipo?

—Yo... estoy desconcertado, asustado... No entiendo bien esto que está ocurriendo...

—¿No? —replicó secamente la divina—. Pues yo haré que lo entienda perfectamente: usted pidió cinco millones de dólares, y tiene el resguardo en sus manos... Ahora, yo quiero lo que tanto dinero me está costando, *herr* Weheimer. En mi opinión, todo está muy claro.

—Sí... Ciertamente...

—¿Dónde está el prototipo? —insistió Brigitte.

—En una consigna del aeropuerto. Lo dejé allí, en una maleta. Todas las piezas están sueltas dentro de la maleta, pero con los planos cualquier técnico podrá montar el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

—Revisarán la maleta antes de sacarla de la consigna, *herr* Weheimer —musitó Brigitte.

—Seguramente —sonrió el técnico electrónico—. Pero no creo que los servicios aduanales se nieguen a dejar entrar en el país un nuevo aparato para la obtención de encefalogramas.

—Es usted muy astuto —sonrió la divina—. Bien, vamos a por ese aparato prodigioso. ¿Tiene el resguardo de la consigna, *herr*?

—Naturalmente.

—Entonces, en marcha. Vayamos los tres al garaje. Usted, *herr* Kaps, si es tan amable, se encargará de la señorita Vergano. Nosotros traeremos el coche aquí mismo, delante de la casa, por si alguien estuviese cerca. Es una medida de simple prudencia. Cuando oiga el claxon, salga con la señorita Vergano.

—Está bien ...

Brigitte y los Weheimer salieron de la casa. Pero, apenas habían dado unos pasos, la espía se detuvo en seco.

—Mi maletín... —murmuró—. Lo olvidaba en la casa. Los alcanzo en el garaje.

Los Weheimer siguieron caminando, mientras Brigitte volvía sobre sus pasos. Abrió la puerta silenciosamente, por pura norma, por rutina. Siempre era silenciosa, discreta. Y nada más introducir un pie en la casa, se detuvo, como clavada en el suelo, al oír girar el disco de un teléfono... A los pocos segundos, la voz de Helmut Kaps llegaba hasta ella, amortiguada, hablando en alemán:

—¿Kurtz? —le oyó musitar.

—Soy Helmut. Vamos a salir ahora mismo de la casa, hacia el aeropuerto. Franz Weheimer dejó allá el prototipo, en consigna. Ahora vamos a buscarlo, ellos dos, yo. Ana Brown y Rossana, que se ha desmayado o algo parecido. Creo que Ana Brown no ha sido ajena a esto, quizá disparándole un dardo con una boquilla. Es peligrosa de verdad, Kurtz. ¿Cómo?

—Oh, sí... Me encargaré de facilitaros el trabajo. Pero no hagáis nada hasta que hayamos retirado el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» de la consigna. Hasta luego.

Helmut Kaps colgó el auricular. Brigitte retrocedió unos pasos hasta salir del porche. Luego empujó la puerta, y entró pisando fuertemente. Cuando apareció en el *living*, Kaps estaba mirando hacia la puerta, levantando a la desvanecida Rossana Vergano.

—Olvidé mi maletín —sonrió Brigitte—. ¿Le ayudo?

—No, no... Podré yo solo. ¿Qué haremos con ella?

—Eso es cuenta de ustedes, no mía. Yo sólo quiero el aparato. Lo esperamos afuera, *herr* Kaps.

—Sí, bien...

Brigitte recogió su maletín y salió de la casa. Fue al garaje, donde la estaban esperando los Weheimer. Frida Weheimer estaba ya en el interior del coche, en el asiento de atrás. Brigitte señaló a Franz Weheimer el asiento delantero.

—Será mejor que conduzca usted, *herr* Weheimer. Helmut Kaps irá a su lado, y las tres mujeres iremos detrás. Creo que es lo mejor.

—Sí... Sí, evidentemente.

—Vayan delante de la casa. Yo cerraré el garaje.

—Bien.

El coche salió, llevando dentro a los Weheimer. Brigitte sacó inmediatamente su radio de bolsillo y la accionó, mientras se

dedicaba a colocar las dos grandes hojas de madera en su sitio.

—¿Frankie?

—¡A la orden, guapísima!

—Estás muy contento... ¿Por qué?

—Bueno... Ya no tengo que vigilar a nadie, mañana podré afeitarme, y de momento estaba contemplando nada menos que quince millones de dólares... Hasta un pobre tonto como yo estaría contento.

—Entiendo —rió quedamente la divina—. Ahora, escúchame tan atentamente como jamás lo has hecho en tu vida. Vas a coger mi «Mustang» rojo y...

En la consigna del Kennedy Airport no hubo problema alguno para retirar la maleta de Franz Weheimer. Previa devolución del talón de resguardo, le fue entregada, no sin ser examinada, sin darle demasiada importancia. La explicación de que aquellas piezas envueltas y colocadas sobre algodón era un nuevo encefalógrafo que un científico suizo quería exponer en Estados Unidos, fue admitida con una sonrisa amable. Realmente, aun no siendo un encefalógrafo, el aparato no parecía contener el menor peligro para la integridad nacional.

Helmut Kaps, el más fuerte del grupo, se hizo cargo de la maleta. Junto a él caminaban Brigitte y Franz Weheimer. Frida se había quedado en el coche, estacionado en el *parking*, con Rossana.

Los vio llegar, muy nerviosa, y se quedó mirando anhelante a su marido, que sonrió tranquilizadamente.

—Todo está bien, Frida.

—¿Tienes el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»?

—Desde luego. Entre, señorita Brown.

Brigitte entró en el auto. Luego, lo hizo Franz Weheimer. Finalmente, Helmut Kaps, tras entregar la maleta al ya sentado técnico electrónico suizo.

—¿Podemos volver ya a Berna? —preguntó ansiosamente *frau* Weheimer.

—Por supuesto —rió con incontenible alegría su marido—. Sólo tenemos que dejar a la señorita Montfort donde ella quiera, con su maleta conteniendo el «Ultrageiton», y entonces nosotros...

—Temo que no irán muy lejos —dijo secamente Helmut Kaps.

Franz Weheimer tardó todavía un par de segundos en ver la pistola en la mano de su ayudante. Se quedó tan asombrado que ni siquiera tuvo fuerzas para hacer el menor comentario.

Pero la agente Baby no estaba muy asombrada, desde luego. Sonriendo amablemente, dijo:

—Como puede observar, *herr* Weheimer, los traidores crecen, se desarrollan y se multiplican incluso debajo de nuestros propios lechos. ¿No les parece altamente... repugnante?

Capítulo VIII

—Helmut... —pudo musitar al fin Frank Weheimer—. Helmut, no comprendo...

—Es mejor que se calle —dijo Kaps.

—Pero...

—Le digo que se calle, Franz. ¿No puede entenderme?

—¿Cuál será la diferencia entre callar o hablar? —sonrió Baby.

Helmut Kaps la miró con evidente interés; estaba bien claro que todavía no había conseguido catalogar exactamente a aquella estrafalaria rubia pésimamente vestida, con lentes, con gruesos zapatones...

—En realidad, ninguna —sonrió con sequedad—. Ninguna, señorita Brown.

—Entonces, ¿por qué no hablamos?

—¿De qué quiere usted hablar... antes de morir?

—¡Helmut! —exclamó *frau* Weheimer—. ¡No estás hablando en serio!

—Está hablando completamente en serio, *frau* Weheimer —musitó Brigitte—. Piensa apoderarse del prototipo del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» y de los planos... Según creo, *herr* Kaps decidió eso hace tiempo... ¿No es así, *herr* Kaps?

—Así es. Usted... no es tan tonta como parece, señorita Brown.

—Usted me halaga, *herr* Kaps —sonrió gélidamente la divina—. ¿De verdad no me considera tonta?

—Sólo lo normal en una mujer Quizá un poco menos que la mayoría... Sólo un poco menos.

—Es el destino de las mujeres —suspiró Brigitte—: ser unas pobres tontas que siempre resultaremos engañadas por los hombres. En realidad, demostramos ser completamente tontas al no aceptar desde el primer momento la supremacía física y mental de los

hombres... ¿Acierto, *herr* Kaps?

—De lleno, señorita Brown.

—Helmut... —musitó Weheimer—. Dime que esto es una broma... No creo que pueda ser cierto, no...

—Una broma divertida —musitó Brigitte—. Pero de trágicos resultados, *herr* Weheimer. ¿Aún no lo comprende?

—¿Comprender? —susurró el suizo—. ¿Qué tengo que comprender?

—Está bien claro... Verá... Rossana Vergano se enteró, por sí misma o por medio de los servicios europeos de la MVD, de que usted estaba ultimando cierto invento importante. Entonces, se las arregló para convertirse en novia de Helmut Kaps, con vistas a conseguir, en el momento oportuno, todos los informes relativos al «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». A su vez, Helmut Kaps aceptó a Rossana Vergano, aun sospechando de ella, porque le interesaba tener cerca a una persona que, en el momento de la desaparición del aparato, cargase con toda la culpa, la responsabilidad de la traición... Y admitió a Rossana, se dejó «enamorar» por ella, simplemente porque le interesaba. Todo esto no habría ocurrido si usted hubiera sido más sincero con su ayudante, *herr* Weheimer...

—¿Más sincero? ¡Yo jamás le oculté nada!

—Nada, excepto la planificación completa del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» y el prototipo que usted construyó, a solas, a escondidas, y envió luego a la consigna de Nueva York... ¿O no fue así, *herr* Weheimer?

—Sí... —musitó el suizo—. Sí, así lo hice...

—¿Se da cuenta? En realidad, Helmut Kaps no tuvo más remedio que aguantar junto a usted hasta el último momento, hasta ahora mismo, ya que no le dio oportunidad de apoderarse antes del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»... Pero ése era su objetivo, y por eso admitió a su lado a Rossana Vergano, de la cual sospechó muy pronto... ¿No es cierto, *herr* Kaps?

—Sí —rió fríamente Kaps—. Es cierto. Siga, señorita Brown.

—Bueno... Todo es sencillo... A ella le interesaba estar cerca de usted porque así estaba cerca del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Y a usted, que sospechaba de ella, le interesaba tenerla cerca a fin de que, cuando llegase el momento de apoderarse del prototipo y los planos, Rossana se llevase toda la culpa en el asunto. Los dos

perseguían lo mismo, sólo que para diferentes bandos. Rossana Vergano trabaja para la MVD rusa, *herr* Kaps... ¿Y usted? ¿Por cuánto se ha vendido usted, y a quién?

—Usted, señorita Brown, habla demasiado claro... Y su situación debería hacerle comprender que no es bueno hablar tanto y tan claramente.

—¿Por qué no? Precisamente los que hablan más claro son los moribundos. Y a mí, igual que a *frau* y *herr* Weheimer, se nos puede considerar moribundos... Dígame: ¿para quién trabaja usted, Kaps? ¿Para qué país?

—Se sorprendería si le dijese para quién trabajo.

—¿Para particulares, quizá? —inquirió con indiferencia Baby.

—¿Cómo puede sospechar eso? —exclamó Kaps.

—Oh, vamos, vamos, *herr* Kaps, no sea niño... Si hay algo en lo que nadie pueda darme lecciones, es en espionaje... ¿De modo que, en efecto, trabaja usted para un grupo de espías particulares, que venden sus informes o lo que sea al mejor postor?

—Sí.

—¡Es increíble! —rió Brigitte—. Les hice creer a los rusos que en todo esto intervenía un grupo particular de espías, y ahora resulta que es cierto... Es fantástico. Todo es fantástico...

—¿Qué es lo que le parece tan fantástico?

—Lo que está ocurriendo... Pero usted no está completamente al corriente, *herr* Kaps, y sería muy largo de contar. ¿Cuánto le han ofrecido esos espías particulares por su... colaboración a fin de conseguir el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho»? ¿Doscientos mil dólares? ¿Trescientos mil, quizá? ¿Quinientos mil? ¿Cuánto, Kaps?

—No le interesa.

—Es posible que sí. Yo podría aumentar...

El interior del coche pareció oscurecerse, de pronto. Un hombre apareció junto a cada ventanilla, introduciendo la mano derecha armada con una pistola.

—¿Todo bien, Kaps? —preguntó uno.

—Sí... Todo bien, Kurtz. Podéis recoger el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

Las portezuelas se abrieron. Uno de los hombres tomó la maleta que señalaba Helmut Kaps, conteniendo el prototipo del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». A una seña amenazadora de Kaps,

Brigitte tuvo que abrir su maletín y entregar los planos al otro hombre.

—Es todo —dijo Kaps—. Id a esperarme en el coche... ¿Dónde estáis?

—En la salida «Q» del *parking*. Te veremos llegar. Aunque quizá sería mejor que dejaras esto solucionado de una vez y te vinieras con nosotros.

—No... Ya voy. Esperadme allí.

—Está bien.

Los dos hombres se alejaron, llevándose los planos y el prototipo del «Ultrageiton-68». Franz Weheimer estaba lívido de miedo y furia. *Frau* Weheimer se echó a llorar, de pronto... Sus lágrimas cayeron sobre el rostro de Rossana Vergano, que descansaba en su regazo.

—Es mejor que se contenga, *frau* Weheimer —musitó Brigitte—. Helmut se pondrá nervioso si comprende que alguien puede oírla y acercarse a este coche. Y si se pone nervioso, será del todo imposible hacer tratos con él.

—¿Qué clase dé tratos? —Gruñó Kaps.

—No me importa lo que le den esos tipos por su traición a los Weheimer, Kaps. No me importa nada... Ni siquiera me importa lo que ellos le den por su traición, por su puerco trabajo. Lo único que puedo decirle es que yo le doy el doble.

—¿Me daría usted dos millones de dólares? —Se tensó la voz de Helmut Kaps.

—Le doy tres, en efectivo, dentro de media hora, si usted me trae los planos y el prototipo del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

Helmut Kaps estuvo vacilante unos segundos, pasándose la lengua por los labios. En la semioscuridad del coche, se veían relucir sus ojos, rebosantes de codicia. Al fin, movió negativamente la cabeza.

—No... No me fío de usted. Todo debe ser mentira... No me gusta usted, señorita Brown... No me gusta nada. Cada vez que la he mirado fijamente, he sentido... un frío extraño, una profunda inquietud, una desazón... No quiero tratos con usted.

—Bueno... En ese caso, supongo que me matará. Oh, sí, señor Kaps, nos matará usted a todos...

Pero los amigos de Rossana le encontrarán a usted, puede estar

seguro. No vivirá demasiado tiempo...

—Menos va a vivir ella —masculló Kaps—. Se acabó el soportar su farsa amorosa. Y tampoco yo tengo que continuar fingiendo, así que...

Brigitte no pudo impedir la rápida acción de Helmut Kaps al disparar contra el pecho de Rossana Vergano. A pesar de estar dormida, narcotizada por la diminuta flecha que Brigitte había clavado antes en su cuello, la italo-suiza lanzó un grito quebrado, una especie de alarido, al tiempo que se crispaba al recibir de lleno la bala en el corazón; pareció que fuese a efectuar un gran salto dentro del coche, pero tan bruscamente como se había crispado y gritado, se dejó caer de nuevo en el regazo de Frida Weheimer, que quedó palidísima, paralizada de espanto, poco menos que al borde del colapso.

El disparo fue silencioso, acolchado, ahogado dentro del vehículo.

Pero la voz de Brigitte se oyó muy claramente fuera de él:

—¡Frank!

Helmut Kaps se desconcertó un instante. Dejó de apuntar a Frida Weheimer, apuntó a Brigitte, desvió el arma hacia una de las ventanillas...

Plop.

El suave sonido del siguiente disparo con silenciador sonó fuera del coche, a espaldas de Helmut Kaps. Este pareció ser aplastado violentamente contra el respaldo del asiento, de bruces. Soltó la pistola, y sus manos se crisparon en el plástico del respaldo, casi clavándose... Su cabeza se alzó todavía un instante, y sus ojos se fijaron en los de Ana Brown, que lo miraba fríamente, gélidamente.

—Mal... dita...

De pronto, Helmut Kaps se relajó. Bruscamente, pareció romperse, desarticularse, resbalando por el asiento... Los Weheimer estaban sencillamente mudos de espanto y de incredulidad. Ni siquiera pudieron reaccionar cuando una gran cabezota de barbuda barbilla apareció detrás de una enorme pistola provista de silenciador.

—¿Estás bien, Baby?

—Sí. ¿Has visto a los otros?

—Claro. Están aquí mismo, en la salida «Q», esperando, tal como

les oí decir por la radio. Siempre tienes buenas ideas... Como ésta de llevar tu radio funcionando dentro del maletín. Podríamos...

—Podríamos callar y hacer algo —cortó Brigitte. Se dirigió a los Weheimer—. No se muevan de aquí hasta que yo regrese.

—Rossana está... está muerta...

—Y Helmut Kaps también, ya lo sé. Pero ustedes no hagan nada. Sólo esperen.

—Sí... Sí, lo que usted... diga...

—Pues eso es lo que digo.

Salió del coche, reuniéndose con Frank Minello, que se apresuró a pasarle un brazo por los hombros...

—¿No podrías estarte quieto, Frankie?

—Sí podría, pero no quiero. Me gusta manosearte.

Brigitte se quitó la mano del hombro y señaló hacia su derecha.

—Ve por allí. Y no intervengas a menos que sea necesario.

—¿Cómo sabré que es necesario?

—Igual que lo has sabido hace un minuto —sonrió la espía—. Oh, vamos, Frankie, no es necesario que te hagas tanto el bobo. Haz lo que te digo. Y vigila bien.

—Sí, majestad. ¿Vamos a pillarlos entre dos fuegos?

—Algo así. Pero ya te digo que tú no intervengas hasta que sea necesario. La sorpresa se la daré yo a esos dos asesinos.

—Puede que haya más en el coche.

—Sí... Bien. No importa. Haz lo que te he dicho. Deduzco que ese tal Kurtz debe ser el jefe, de modo que vamos a... cortar de raíz el mal.

—¿Los vas a matar? —susurró Minello.

—Frankie, quiero que lo entiendas: los espías profesionales que trabajamos para un país determinado, nos resistimos con bastante frecuencia a matar. No por ser más buenos o generosos que otros, sino porque esperamos que ese respeto a la muerte nos beneficie alguna vez. Aparte, está el hecho de que un espía que no ha asesinado, puede ser canjeado más adelante, y quedar en libertad. Por eso, nos resistimos a matar, en lo posible, pero esa gente, esos espías que trabajan en su exclusivo beneficio, jamás respetan a nadie, ni a nada. Siempre matan... Y ésa, precisamente ése, es la clase de gente que a mí no me gusta... ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, Brigitte. Pero ya sabes que yo, a menos que...

Bueno, no soy de los que pueden... matar... fríamente.

—Yo, sí —dijo gélidamente la divina—. Por eso te digo que no intervengas a menos que sea necesario. ¿No te das cuenta? He tenido tratos con el Deuxième Bureau, con el MI5, incluso por la MVD He podido matar a cinco espías rusos, y no lo he hecho. Pero a esos hombres que han sobornado a Helmut Kaps no les corresponde estar vivos... Es mi modo de ver las cosas, Frankie.

—Te entiendo... Te comprendo, de veras. Pero...

—Limítate a protegerme la espalda. Eso será todo.

Minello vaciló.

—Si tú me necesitas... Si quieres que...

—Es suficiente que yo sea una asesina —sonrió tristemente la espía internacional—. Tú puedes seguir siendo un buen muchacho. Hasta luego, Frankie.

Se alejó del periodista deportivo, por entre los coches estacionados. Tardó menos de un minuto en llegar a la salida del estacionamiento «Q». Allí, tranquilamente, colocó su maletín sobre el capó de un automóvil, lo abrió y sacó los tubos de aluminio. En pocos segundos tuvo montado el fusil de aire comprimido. Y poco después, una ampolla de cristal verde, llena de gas mortal, era introducida en el arma, que quedó sobre el capó, junto al maletín. Luego, Baby sacó los pequeños prismáticos dotados de luz interior infrarroja, y los enfocó hacia delante...

Ni siquiera diez segundos más tarde veía el coche detenido muy cerca de la salida del aparcamiento «Q». Dentro vio a dos hombres, en el asiento delantero. Se volvían hacia el trasero y hablaban animadamente... Detrás había otros dos hombres, que parecían contemplar algo que había sobre sus rodillas. Naturalmente: las piezas del prototipo del «Ultrageiton-68».

Desenroscó uno de los tubos de los prismáticos y lo encajó en una ranura superior del fusil de tubos de aluminio. De este modo, al mirar por él, pudo apuntar como con el mejor punto de mira hacia el otro coche, donde cuatro personas estaban esperando que Helmut Kaps asesinasen a cuatro personas.

Estuvo apuntando apenas dos segundos.

¡Fuuuummmm...!

Oyó el levísimo resoplido del aire comprimido al lanzar la ampolla de verde cristal con gas mortal. Vio a uno de los hombres

llevarse una mano a la cara, una fracción de segundo antes de caer como fulminado sobre su compañero de asiento, que no le sobrevivió ni medio segundo.

En un segundo, la ampolla verde había hecho su trabajo.

Entonces, Baby se acercó al coche, abrió una de las portezuelas y, sin molestarse en mirar ninguno de los cuatro cadáveres, se dedicó a recoger todas las piezas del «Ultrageiton-68», que fue colocando en la maleta, sin prisas. Naturalmente, el gas venenoso se había volatilizado instantáneamente, de modo que ella no corría el menor peligro.

Cuando hubo recogido todas las piezas, se volvió, saliendo del coche. Se quedó mirando a Frank Minello, que parecía un poco afectado, rígido.

—¿Los cuatro? —musitó.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Los cuatro, Frankie.

—Bien...

—No te pongas triste. Es como matar serpientes venenosas dentro de una casa. O las matas, o te matan. Y entre matar serpientes venenosas o niños, es mejor matar las serpientes, ¿no?

—Yo creo que tienes razón, Brigitte, de veras, pero...

—Colócalos a todos en el asiento de atrás. Te los llevas, los entierras bien profundamente en un sitio conveniente, y dejas luego caer el coche en algún muelle. Eso es todo.

—¿Qué hago después?

—¿Después? —Brigitte sonrió, como divertida—. Bueno, si tienes tiempo sería una buena idea que fueses a la velada de boxeo, a fin de que puedas conseguir un magnífico reportaje, de esos que acostumbras, tan formidables y precisos. ¿O no te interesa?

—Sí... Sí, creo que sí... Haré lo posible por ir allá. Será el mejor modo de... de distraerme.

—Eres un buen muchacho, Frankie —Brigitte le besó en los labios, dulcemente—. ¿Pasarás mañana a recogerme, para llevarme al periódico?

—Claro. Sí, desde luego.

—Pues hasta mañana.

—¿Qué vas a hacer tú?

—¿Yo? Llevarle el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho» a tío Charlie,

naturalmente.

Charles Pitzer se frotaba fuertemente las manos, mirando ávidamente, con sus diminutos ojillos astutos, las piezas que componían el «Ultrageiton-68», junto a las cuales se veían los planos.

—Bien... ¡Bien! Esperemos que este aparato tan caro dé buenos resultados, Brigitte. Yo mismo lo llevaré esta noche en vuelo directo y velocísimo a la Central. ¿Qué me dice de los Weheimer?

—Están muy asustados... No es costumbre en ellos esto del espionaje, y vieron cómo mataban Rossana Vergano y a Helmut Kaps. Francamente llegué a creer que jamás podría recuperar los planos y el prototipo del «Ultrageiton»...

—Usted es capaz de todo, querida. Lo único lamentable en esto es que aquellos tipos consiguieran escapar.

—Frank Minello me ayudó. Hicimos lo que pudimos, dadas las circunstancias: recuperamos el prototipo y los planos, pero no pudimos impedir que aquellos espías particulares escapasen. Mala suerte.

—Sí... Mala suerte. ¿Qué harán ahora los Weheimer?

—Regresarán pasado mañana a Berna. Dicen que aquello es más tranquilo.

Pitzer soltó un refunfuño.

—Con cinco millones de dólares cualquier parte del mundo es un paraíso. En fin, si el invento es bueno, vale ese dinero. Ya le diré algo mañana a primera hora. Ahora me voy volando a Washington, con estos chismes... Y al decir volando, quiero decir volando.

—Feliz viaje, cuervo.

Este es el final

—Madre mía... —exclamó Frank Minello—. ¡Quince millones de dólares! ¿Qué piensas hacer con ellos, Brigitte?

La divina espía iba a contestar cuando apareció Peggy en el saloncito, señalando excitadamente hacia su espalda.

—El señor Pitzer, señorita —avisó.

Brigitte se apresuró a recoger los fajos de billetes de cuya contemplación estaban disfrutando, y los metió a toda prisa dentro de la maleta. Apenas había tenido tiempo de cerrarla, cuando Pitzer apareció, con su mala educación habitual de entrar sin haber recibido permiso expreso.

—Buenos días, Brigitte... Oh, Minello, ¿usted aquí?

—He pasado a recoger a Brigitte para ir al periódico. Pero siempre nos entretenemos charlando... Espero que no le moleste.

—¿A mí? ¡Psé! Además, es bueno que usted esté aquí, ya que vengo a decirle a Brigitte algo sobre el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho». Acabo de llegar de Washington, de la Central.

—¿Y qué dicen por allí? —sonrió Baby.

—Parece que el invento puede dar resultado. Es interesante, y muy adelantado sobre los procedimientos actuales. Evidentemente, nuestros técnicos lo pondrán a punto con algunos perfeccionamientos y detalles. Sin embargo...

—¿Alguna contrariedad? —Gruñó Minello.

—Pues... Bueno, en cierto modo. Resulta que la CIA ha pagado cinco millones de dólares por ese invento, ¿no es así?

—Así es —admitió Brigitte—. ¿Y...?

—Resulta que si aquellos tipos que se les escaparon a ustedes en el aeropuerto tenían alguna copia microfotográfica, sin duda proporcionada por Helmut Kaps mientras esperaba apoderarse del prototipo... Bueno, digo que si aquellos tipos tenían alguna copia microfotográfica, es más que posible que la vendan por ahí, en

diversas copias.

—Oh —exclamó Brigitte.

—Con lo cual, resultará que no seremos nosotros solos quienes poseeremos el «Ultrageiton-Sesenta y Ocho», sino todos aquellos países que puedan pagar a esos espías particulares que escaparon una de las copias microfotográficas.

—Es una contrariedad, en efecto —musitó Brigitte—. Por este procedimiento, es seguro que Rusia, Francia, Inglaterra, etcétera, tendrán también su «Ultrageiton Sesenta y Ocho», si pagan el precio que pidan esos... espías particulares.

—Fue una lástima que se le escaparan, Brigitte.

—Sí... —suspiró Baby—. Fue una lástima.

—Resulta —deslizó Pitzer, mirando fijamente a la divina— que tal como han ocurrido las cosas, no seremos los únicos en poseer una... superproducción de uranio con lo cual todo seguirá igual que antes. Es decir, que al aumentar su producción de uranio lo mismo Rusia, que Francia, Inglaterra y posiblemente otros países, el equilibrio atómico seguirá siendo el mismo. Nadie saldrá ganando.

—Excepto aquellas personas a las que el uso pacífico del uranio, de la energía atómica, pueda resolverles muchas cosas. Digamos, tío Charlie, que desde el punto de vista bélico ningún país ha salido ganando, pero en cambio, todos aquellos que hayan comprado microfilms a los espías que se me escaparon en el aeropuerto, podrán desarrollar más sus industrias, sus instalaciones de energía... Tendrán tanto uranio, que no sólo les sobraré para utilizarlo en energía nuclear pacífica, sino que incluso podrán colaborar al desarrollo de otros países menos afortunados. En realidad, si fuésemos civilizados y bondadosos, casi tendríamos que estarles agradecidos a esos espías que se me escaparon y que ahora se dedicarán a vender microfilms del «Ultrageiton-Sesenta y Ocho».

De nuevo se quedó Charles Pitzer mirando fijamente a la espía. Luego miró a Minello, y de nuevo a Brigitte.

—Sí, claro. —Sonrió Irónicamente—. Todavía tendremos que estarles todos agradecidos a esos espías que se le escaparon nada menos que a la agente Baby. Casi resulta increíble, ¿verdad?

—Bueno... No soy infalible, tío Charlie —sonrió la divina.

—Oh, no, claro... ¿Se va de viaje?

—No. ¿Por qué?

—Como veo ahí esa maleta...

—Ah... No contiene vestuario, no... Ni nada parecido.

—Espero que no contenga nada raro... ¿Qué contiene?

—Quince millones de dólares para obras de caridad —musitó suavemente Brigitte Montfort.

Una luz de astucia brilló un instante en los diminutos ojos de Charles Pitzer. Pero, de pronto, se echó a reír.

—Je, je... ¡Esta es buena! ¡Je, je, je! ¡Quince millones de dólares en una maleta! ¡Menuda broma!

—¡Je, je! —rió Minello—. ¡Es todo un bromazo, en efecto! ¡Je, je!

En pocos segundos, los tres reían a más y mejor, incluso con lágrimas en los ojos. Brigitte señaló la maleta, partiéndose de risa.

—¡Quince millones! —exclamó—. ¡Nada menos que quince millones de dólares...! ¿No es una broma muy divertida, tío Charlie?

Y continuaron riendo.

FIN

Notas

[1] Por boca de Frank Minello, el autor se refiere aquí a la fantástica aventura de «Baby» titulada «Organización Octopus», publicada en esta colección. «Octopus», en latín, significa pulpo. < <